

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 46 - Junio de 2013 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Libreta de sueños



6

Una niña prodigiosa y una maleta



8

Primeras ciclas



10

En su clase de geografía



11

Sangre Árabe



16

Centenario



20

Correos explosivos

**UNIVERSO CENTRO***Publicación mensual***DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA**

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– Ana Lucía Cárdenas

– David E. Guzmán

ASISTENTE EDITORIAL

– Paula Camila O. Lema

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

COORDINACIÓN COMERCIAL

– Ana María Duque

DISTRIBUCIÓN

– Érika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Equipo UC

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

PRACTICANTE

– María Laura Idárraga Alzate

*Es una publicación de la Corporación Universo Centro***Número 46** - Junio 2013

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Programas concurso

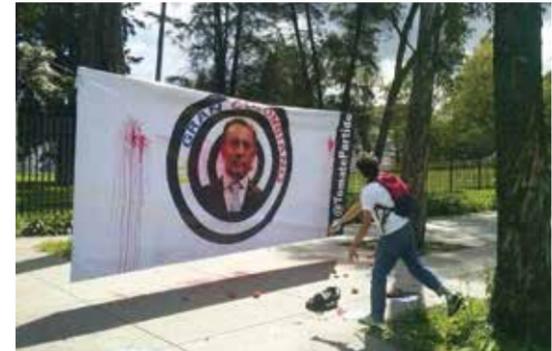


Foto tomada de @TomatePartido

Hace casi treinta años Jorge Luis Borges soltó la frase cumbre de la incorrección política. Un periodista le preguntó por el significado de democracia y el autor de *El Aleph* respondió sin pudores: “La democracia es un abuso de la estadística. Y además no creo que tenga ningún valor. ¿Usted cree que para resolver un problema matemático o estético hay que consultar a la mayoría de la gente? Yo diría que no; entonces ¿por qué suponer que la mayoría de la gente entiende de política?”. Decir semejante cosa tres meses después del golpe de Estado contra María Estela Martínez de Perón era algo más que una provocación. Tal vez Borges equiparaba muy fácilmente democracia con elecciones. Pero su frase puede resultar muy útil para hablar de las votaciones - muy cercanas a los programas concurso- que terminaron por ser noticia y fuente de debate en los últimos meses en Colombia.

La historia comienza con la genial idea de los departamentos de mercadeo de dos medios de comunicación en Estados Unidos. *The Wall Street Journal* y *The History Channel* decidieron mover sus marcas, recolectar los datos de algunos posibles clientes en América Latina y hacer relaciones públicas por medio de unos sencillos torneos tan patrioterros como adolescentes. Nada muy distinto a lanzar un álbum o armar un reinado. El periódico decidió escoger la ciudad más innovadora del mundo, un título que no tiene cuerpo en un concurso que no tiene reglas. Y el canal jugó a elegir personajes nacionales en países de América y solo puso una condición: usar algo menos de rigor del que tendrían un profesor de historia y sus alumnos de bachillerato en la semana cultural. Por supuesto que los políticos vieron una oportunidad perfecta: campañas sin consecuencias reales, simple pavoneo, posibilidad de aplauso y figuración. El resto lo hizo la tontería que nos hace creer con devoción en lo que tiene un rótulo extranjero, y los medios que jugaron a la noticia cuando en realidad hacían publicidad. De modo que Medellín resultó ser la ciudad más innovadora y Álvaro Uribe el Gran Colombiano de todos los tiempos.

Está bien que nos gusten los juegos por Internet y los programas concurso por televisión, pero convertir esas elecciones en un dato para nuestros debates, para sondear nuestras desgracias o nuestros éxitos urbanos, solo puede ser la señal de un grave complejo de inferioridad. Cuando alguien decide mirarnos desde afuera, no importa que sea un payaso, un vendedor, un recolector de correos electrónico, nos conmovemos profundamente y terminamos por entregar escenas patéticas y sobreactuadas. Un poco como el anfitrión que se pasa de gestos y empalaga.

De todo esto queda una pequeña lección. Las redes sociales pueden servir como un detonante para promover el descontento, una manera de “ordenar” la horda de los indignados y poner a los gobiernos a buscar soluciones prontas o salidas dignas. Y también pueden ser un instrumento para que los políticos y los medios organicen sus bazares, repartan unas boletas y pongan en ridículo a un país con ínfulas de “justo, moderno y seguro”. **UC**

Rectificación UC 45: La Universidad Autónoma Latinoamericana no tiene ninguna sede ni ha adquirido lote alguno en el sector de Barbacoas. La institución a la que queríamos referirnos en el artículo “A las maricas nos quieren sacar de acá”, de nuestra pasada edición, es la Fundación Universitaria Autónoma de las Américas.



On the road

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Hernán Franco Higueta

Cuando uno ve la gran valla de doce metros largos de anchura recortada contra el cielo azul, en una panorámica con una honda perspectiva en policromía, se siente viviendo de veras en un país serio, y casi, casi, se dijera del primer mundo... O en todo caso, en un país mejor del que cuentan los benditos periódicos.

En la valla, si la memoria no me es infiel, porque la tristeza machaca el recuerdo y uno no sabe bien si la soñó, se ve una tractomula poderosa en primer plano, surgiendo serena hacia la tercera dimensión, sobre líneas bien trazadas como las de las autopistas del primer mundo, entre cuyos claros queda espacio suficiente para que un pequeño grupo de automóviles familiares se desplace, es un decir, hacia nosotros, con una sonrisa de faro a faro, como si los automóviles también disfrutaran del paisaje.

En el horizonte de la valla, como un adorno anacrónico, un grupo de árboles falsos pero hermosos como los que pintan siempre los paisajistas, parecidos a nubes desfallecientes, sirve de base a las mayúsculas orondas que indican, infladas de orgullo legítimo, que estamos en la AUTOPISTA DEL SOL. Y a continuación, en bajas, están las especificaciones de la magna obra, como dirá el ministro de transporte cuando la inauguren: unas fechas, la del comienzo y la del final prometido del carreteable, el dato de un contratista con el número de su licencia y, en fin, lo usual en estos casos: el número de una interventoría y las señas del contrato y el crédito de los que financian la obra: el ministerio y la alcaldía y el departamento. Ni usted ni yo figuramos, aunque pagamos impuestos.

Y sí, uno se siente viviendo en un país del primer mundo, en un país transparente, donde todo está a la vista... hasta que sobrepasa la valla, y la deja atrás, y enfrenta la realidad monda y lironda, y se acuerda de cuando era treinta años menor y la autopista del sol ya era una promesa aunque no se llamaba todavía AUTOPISTA DEL SOL, sino, con más modestia, la auto-

pista Medellín-Bogotá. Y uno todavía podía entrar al zoológico de Pablo Escobar a contemplar los casuarios posando para los fotógrafos y los lánguidos camellos de elásticas cervices y los resollantes hipopótamos en sus pardas lagunas como los leviatanes de Job que no se mosquean aunque les llegue un Jordán al hocico.

Mi hijo mayor era todavía un niño cuando ya estaban haciendo la autopista. Y cuando se hizo un hombre, siguieron haciendo la autopista, ni más faltaba. Y ahora que me convirtió en abuelo, ahí le siguen trabajando, trabajando, despacio pero sin desfallecer—constancia no nos falta—, como dicen que se hace en los países serios.

Me acuerdo cuando iba con mi hijo, un niño todavía, por los lados de Tobia, en plan de comprar una finca porque por allí iba a pasar el atajo que desde las goteras de Bogotá caería sobre el río Magdalena. Y recuerdo que había una gran piedra en la entrada de Tobia. Y recuerdo el aviso que explicaba cómo era que íbamos a tener acceso a Puerto Salgar, desde Tobia, evitándonos las cuevas del Alto del Trigo y el descenso hasta Honda desde el Alto de la Mona, que además, dicho sea de paso, y ya que estamos de camino, me admiró siempre con sus abismos traslúcidos sobre el valle por donde el Magdalena traza sus curvas de oro por la mañana, se estira en meandros cobrizos y pesados al mediodía, y al final del crepúsculo reptaba con escamas de ceniza en un lecho de miel.

Y mi hijo era un niño. Y allí sigue el aviso con sus explicaciones, y la misma piedra, ahora amarrada con una cinta de plástico amarillo que no sé cómo no se ha reventado bajo el peso de la mole. Y entonces uno sabe que a pesar de la valla, no vive en un país serio. Porque no puede ser serio un país que amarra las piedras con una cinta de polietileno para que no se vayan detrás de los contratistas que se robaron tres veces la plata del desvío que nos llevaría, que nos hubiera llevado ya, en un país serio, y que quién sabe cuándo nos lleve en un país grave, hasta Puerto Salgar o La Dorada, salvándonos de las cuevas del

Alto del Trigo, plagadas de montañas y de lavaderos de tractomulas y de ventorrillos de cucas y de leche cortada, y en fin y sobre todo, de curvas, curvas y curvas estrechas, ciegas, resbalosas, que te hacen desesperar mientras intentas adelantar una tractomula o una serie de tractomulas que se abren y aceleran para que no pases. Retumbantes, con sus potísimas trompetas estentóreas, obstaculizándote el paso cuando podrían ser más gentiles. Rugientes y llenas de alardes y a veces con un perro en la trompa.

De cuando en cuando, para ser justos, un tractomulero hace lo que se debe hacer para que uno pueda sentir que vive en un país serio, y disminuye la velocidad y se aparta un poco para que uno pase, y hasta nos hace señas para ayudarnos a sobrepasarlo con seguridad. Pero no es lo usual. Lo normal es lo contrario. Es decir, que la tractomula, o el tractomulero, porque las tractomulas son inocentes hasta donde cabe suponer, se abra cuando uno podría pasar para que no pase mientras hace sonar amenazante la preapocalíptica trompeta, la atípica trompeta típica, sicalíptica, de tres bocas esdrújulas, que despluma con su vozarrón las garzas en los potreros y mata los pichones de los palomares en sus oscuras cáscaras y deshoja los libros del sistema digestivo de las vacas y nos obliga a pensar que no, que a pesar de la valla del primer mundo la carretera sigue siendo del cuarto, desordenada, ruidosa e insegura, y que la autopista del sol quizás jamás se acabará de construir porque cuando lleguen a Cartagena el siglo que viene, con mucha probabilidad se habrá hundido por la punta de Bogotá.

La última vez que fui a ver la famosa valla para consolarme con su contemplación y soñar que vivo en un país serio, vi un hombre con un overol amarillo, que además le quedaba grande, barriendo la berma con una escoba de barbas verdes que además le quedaba chica. Ni una draga, ni una retroexcavadora ni una cuchilla Caterpillar arrastrando el mordisco de una barranca, ni una apisonadora ni gran movimiento de asfal-

to, como uno supone que debe suceder en los países serios, sino un hombre de cuarenta años derritiéndose bajo el sol, metido en un overol enorme y barriendo una berma con una escoba. Y cómo se puede, me dije, abrir una autopista del sol a escobazos. Eso ni siquiera en un país garciamarquiano.

Y quién podrá decirme cuántos reajustes han pactado los contratistas de ahora. Y quién asegura que no se van a escapar como los de antes. Y cuándo dejarán de circular por la gran Autopista del sol las filas infames de tractomulas que dejan huellas oscuras en el asfalto caldeado por el sol tropical, relevadas por los trenes. Porque en un país serio, pienso yo, que no soy ingeniero, habría menos tractomulas y más trenes, trenes capaces de arrastrar cada uno la carga de sesenta tractomulas con menos aspavientos, como en los países que se respetan. A propósito, ¿recuerda el lector quién se nos robó los trenes? Porque en un tiempo, según mis memorias, el país tuvo trenes. Unos trenes tercermundistas de carbón, pero trenes con todo y todo.

Pero en fin. A pesar de la valla uno sabe que no está viviendo en un país serio. Y para no morir de tristeza, se dice que de cualquier modo, porque nada es eterno, ni siquiera la desidia aunque es remolona, sus nietos verán por fin el día en que quiten la piedra amarrada con polietileno en la entrada de Tobia, y cuando desemboque en el río la famosa autopista del sol, así, con minúscula esta vez, porque francamente, mientras hablo de estas autopistas nuestras de cuarenta kilómetros por hora, vel. max., siento rabia y desprecio, mezclados con la melancolía de vivir en un país tan poco serio cuando hubiera podido nacer en Jauja.

A propósito, un amigo me hizo un chiste flojo hace años. ¿Vos sabés, me preguntó, por qué llaman tractomulas a las tractomulas? Y yo le dije, no, no sé, pues no sabía. Y él me dijo: porque tienen motor de tractor... y están conducidas por una mula. Pero mi amigo, q.e.p.d., era un hombre negativo y mordaz. Y es obvio, de cualquier manera, que algunas tienen motores más pequeños. ☹

Libreta de Sueños

por ELKIN RESTREPO

Ilustración: Tobías

Empecé a escribir mis sueños a comienzos de los años setenta como una experiencia contigua a la de la poesía, en un momento en que el dictado político marxista estigmatizaba cualquier noción que no fuera la suya. Sin embargo, la vida, desobediente, corría igual por otros cauces aún más amplios que los del dogma, y me parecía que el sueño, un continente común a todos, “el segundo banquete de la naturaleza”, como lo llamó Shakespeare, podía ser otra posibilidad para mi trabajo literario.

Primero de manera distraída, y luego obsesivamente, inicié mi tarea, transcribiendo todo aquello que la noche me dejaba como regalo. Llené libretas, luego abrí un archivo en el computador, y en alguna ocasión ilustré una serie para una publicación que promocionaba relojes blandos y elefantes con patas tan delgadas como junquillos.

La poesía se forma y actúa como el sueño, su fuente. Podría decirse que el poema es un sueño hecho consciente por el verbo, y que el mejor poema es aquel que atiende de más alta manera a sus leyes.

Evento ilusorio, al mostrarse como la vida –la nuestra, la más privada–, el sueño nos señala también hasta dónde todo es pasajero, irreal, misterioso. Soñado además por ALGUIEN superior, agregan otros.

La mejor definición pertenece a Góngora:

*El sueño (autor de representaciones),
en su teatro, sobre el viento armado,
sombras suele vestir de bulto bello.*

Me es más fácil anotar un sueño que escribir una página, un ejercicio que me ahorró el psicoanalista.

Asisto a los últimos momentos de una desconocida. Alguien más cuida de ella con maternal afecto. Sin embargo, por su presencia, cuidados y atenciones casi no puedo ver a la moribunda. Lo intento de nuevo, mirando por encima de su hombro. En el lecho la muchacha cierra los ojos y lanza una pequeña queja de dolor. Luego palidece, serenándose, hasta alcanzar la adustez de la muerte. Todo ha pasado ya, y yo he visto morir a alguien.

El camino es largo pero también grato: a cada momento he de inclinarme a recoger piedras preciosas como alas de mariposa.

Una flor que, al tomarla, palpita como un corazón.

Escribo un relato cuyo asunto no recuerdo por más esfuerzos que hago. E., a quien se lo he entregado para que lo lea, me hace algunos reparos, empezando por el título: “El salto a la divinidad”.

Me arrimo a una cerca. En el potrero pastan algunos caballos de un tamaño inferior al corriente. Uno de ellos se me acerca. Es bello y amistoso. Cuando alargo la mano para acariciarle la testa, de su cuerpo brotan hojas y más hojas, como si se tratara de un árbol.

En Afganistán, en aquellas inmensas llanuras desérticas, uno de los ejercicios que los guerreros practican desde niños consiste en lanzar piedras a alturas vertiginosas.

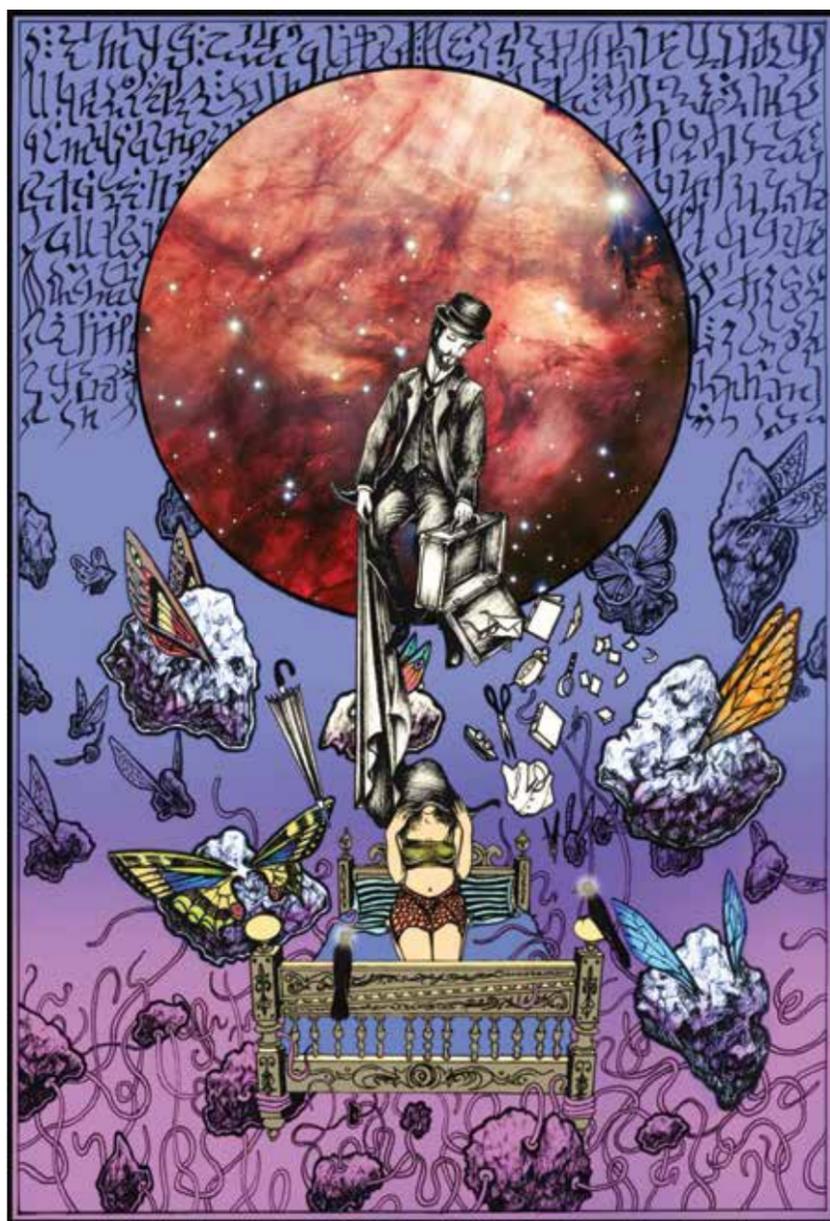
En México visito una pequeña iglesia de provincia. Su arquitectura románica es de una elementalidad perturbadora. Los íconos, bastante primitivos, en vez de santos y santas representan animales y bestias desconocidas. Son tallas únicas, de esmaltes y colores sorprendentes. Estoy conmovido, nunca he presenciado algo semejante.

De repente, la nave central se llena de mujeres que charlan y se rompe el encanto. Estela se me acerca y me dice que son las doce y que lo mejor es irnos.

En una plaza pueblerina de México tres mujeres realizan un espectáculo. Sobre una mesa dirigen tres perros pequeños que hablan, bailan y se contorsionan. En algún momento, dada mi sorpresa, me los prestan. Uno de ellos trae un papel con instrucciones para hacerlo actuar. Las leo rápidamente, en el fondo no quiero saber de qué se trata, pues el asunto –me parece– tiene un tinte diabólico. Los devuelvo a sus dueñas, no quiero tener contacto con tamaños engendros.

Estoy entre un grupo de japoneses. Uno de ellos, practicante de artes marciales, de repente se desdobra en un Maestro Zen y me ofrece una enseñanza: suceda lo que suceda, de modo adverso o beneficioso, lo importante no es lo que sucede, sino el Li, aquello que trasciende al hecho mismo, el principio que mueve realmente los acontecimientos.

Al planeta lo amenaza un enorme aerolito. Hay quienes toman el asunto como algo normal y ofrecen explicaciones al respecto. Yo estoy en un lugar que no reconozco, pese a haber estado allí antes. Allí, subrepticamente, tengo amores con una muchacha que se viste y actúa al modo punk. En algún momento le pido que se quite el color zanahoria del cabello y las cejas y se lave la cara, pues el aspecto le roba belleza. Por amor, ella accede. A partir de ese momento el aerolito empieza a moverse en el cielo y la amenaza desaparece.



En el sueño le digo a la muchacha con la que converso que la conozco de otros sueños.

Por horrible que parezca, la viuda insiste en alimentar el cadáver del marido muerto. ¿De qué sirve alimentar a un muerto?, le pregunto. Los muertos lo necesitan, responde, mientras le alargaba una cucharada de sopa.

En una banca de parque hay tres sombreros de mujer de distinto tamaño y material que hasta hace muy poco alguien ha estado elaborando con gusto exquisito. A un lado permanecen las tijeras, agujas, hilos, paja, fieltro y satenes. Da la impresión de que quien los fabrica ha tenido que abandonarlos repentinamente. Como temo que los roben, me quedo cuidándolos. Un arroyuelo corre a un lado de la banca (estoy en el patio interior de un antiguo edificio), y allí, para mi sorpresa, veo correr otro sombrero de ala ancha, semejante a los que usaban las mujeres en los años cuarenta.

Estoy de paso en un pueblo mexicano. En un restaurante busco un baño, pero no hay ninguno. Me indican otro lugar donde una muchacha vestida de negro (que a la vez son tres) puede señalarme uno. Ella levanta una trampa en el piso, con unas escaleras que descienden, y me pide no olvidar el sitio al momento del regreso.

Descubro entonces que me encuentro en Querétaro, pero no en la ciudad verdadera sino en otra que existe debajo de esta. La Querétaro subterránea está llena de plazas, avenidas y parques, con gente que se pasea por todos lados. Las mujeres visten hermosos trajes largos y portan sombrerito y sombrilla; los hombres, sacoleva y bombín. Allí se vive de manera idílica. Parece una estampa de otros tiempos.

Además, al sitio lo envuelve, como en los cuadros de Paul Delvaux, un ambiente lunar y melancólico que resalta aún más su belleza.

Me encantaría conocerla, pero la idea de extraviarme y no encontrar de nuevo la salida me obliga pronto al regreso.

En la parte de atrás de la casa hay un pequeño animal con el cual hay que tener mucho cuidado. Tiene aspecto feroz y no conoce domesticidad alguna. Parece un perro, pero quizás sea otra cosa. Mientras le doy de comer, puedo tomarlo, y si quiero que no me muerda, debo alargar la mano y alimentarlo constantemente.

La mujer está sentada en un taburete con los brazos cruzados, mohína, a la espera de lo que sucederá en la pequeña fiesta que se ha organizado en el patio delantero de su casa sin su autorización. Con su actitud quiere malograrnos el rato, pero nadie le hace caso. Tan enojada está, que no le importa que la hiedra que envuelve por completo la casa se encienda de repente y empiece a envolverla.

Viajo en bus. En cierto momento, un cuáquero empieza a repartir entre los pasajeros objetos de toda clase: a mí me corresponde el busto de un santo al que le falta la cabeza. Herraduras, utensilios, figuritas sagradas son, por lo común, las cosas regaladas. El personaje actúa como si lo que allí acontece hiciera parte de un ritual religioso y él fuera el oficiante. A una señal suya cada persona empieza a hacer sonar el objeto recibido como si se tratara de un instrumento musical. Yo, distraído, no me ocupo de él hasta que el cuáquero se me arrima, y cuando pienso que me va a increpar por mi indiferencia, me entrega un gran bolso negro con muchas cosas que no alcanzo a mirar.

Hace rato un gato camina detrás de mí, pero cada que me vuelvo a mirarlo se convierte en una línea de letras, casi en una frase completa, que no alcanzo a leer porque no deja de moverse. ☉

La gente que ahorra con paciencia
y gasta con parsimonia
es gente que sabe...
es gente de **CONFIAR**



Línea Confiable: 444 1020
www.confiar.coop

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

Aprovecha

Activa tu equipo smartphone
en un plan
postpago de voz + datos

***Solo por \$44.800** impuestos incluidos

Y podrás disfrutar de:

130
MINUTOS
a cualquier destino

+300 minutos gratis
incluidos a
2 números elegidos
TODO DESTINO

Tendrás Acceso a

Chats: **Yahoo Messenger, Gtalk**

Redes sociales: **Facebook, Twitter, Myspace**

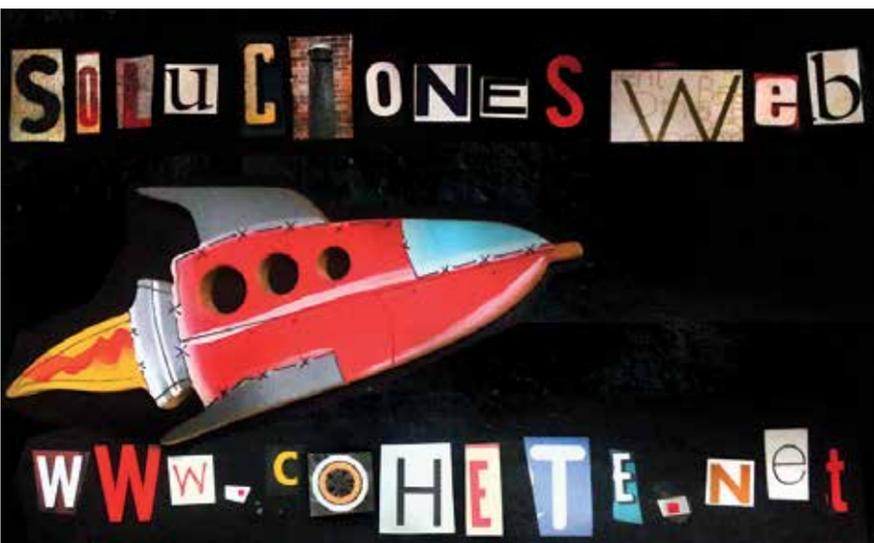


Lo que quieres
es Claro

celutec
Celulares y Tecnología S.A.S.
Distribuidor Autorizado de Claro

claro.com.co

El precio de \$44.800 aplica para el Plan Seamos Claro 130 abierto con CFM de \$29.900 impuestos incluidos + Paquete Chat Redes 2012 con CFM de \$14.900 impuestos incluidos. Los 2 números elegidos todo destino aplican para hablar gratis los 5 primeros minutos de cada llamada; a partir del 6to minuto, se descontarán los minutos de los incluidos en el plan; en caso de no tener minutos disponibles se cobrará el valor del minuto adicional de acuerdo al plan. Valor minuto adicional en el Plan Seamos Claro 130 Abierto \$230 impuestos incluidos. Los números elegidos pueden ser móviles Claro, fijos nacionales u otros operadores móviles. Aplican condiciones y restricciones. El prestador de soluciones de telefonía móvil es Comcel S.A.



CONVOCATORIA **2014**
NUEVOS TALENTOS EN EL ARTE

ORGANIZA

Cultura

ARTE
en la Cámara

CAMARA DE COMERCIO
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA

Premio de adquisición
por **4 millones**

ABIERTA HASTA EL 30 DE AGOSTO
Consulta las bases de la Convocatoria en
camaramedellin.com

APOYA
MUSEO D'ANTIOQUIA
PLAZA BOTERO

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Una niña

Una banda de niños de la calle tiene grandes esperanzas a medida que se acerca la noche de Navidad: ¿La pasarán entre amigos? ¿O tal vez con sus parejas? ¿Tendrán suficiente dinero como para hacer su propia fiesta? ¿Será que estrenan ropa? Todas estas expectativas, que al final no se materializan, llevan a un final terrible: soledad, desánimo, drogas y muerte. La cara oculta de una ciudad intensa y cruel...

Reseña de La vendedora de rosas. Festival de Cine de Cannes, 1998

Si El diablo existiera y hubiera imaginado la historia de Lady Tabares, sería así: “Primero haré que conozca el infierno de los hombres, luego que padezca la gloria de los ángeles, y después la encerraré para que contemple mi obra, que todos llamarán un cuento de hadas”.

Hace quince años, a mediados de mayo, cuando los cerezos estaban en flor en el Viejo continente, una quinceañera atrevida de un país duro caminaba por las calles de Cannes, en la Costa Azul francesa, como si hubiera viajado en el tiempo. Iba vestida de gala y descalza, rumbo a una alfombra roja de cartelera mundial. A su lado iba una limosina con un joven duro, de un país atrevido, vestido de esmoquin, que tomaba champaña y la miraba por la ventanilla.

—Lady, subite —le decía.

Ambos iban camino de convertirse en estrellas de cine. La historia de la jovencita había empezado en otra época, en otro lugar, muchos años antes, y estaba escrito que en el futuro, en la primavera francesa de 1998, *La vendedora de cerillas* de Christian Andersen sería encarnada por una *vendedora de rosas*. Encarnaría por obra de un director de cine de ese país atrevido y duro, llamado Víctor Gaviria, capaz de encontrar en la vida real un cuento infantil.

Desde la presentación de Ramiro Meneses, protagonista de *Rodrigo D. No Futuro*, en el Festival de Cannes de 1990, ningún colombiano había estado cerca de lo que Lady Tabares viviría aquella primavera, pues ninguna otra película colombiana ha estado en la competencia oficial por la Palma de Oro.

“En algún momento pensé que la protagonista de la vendedora era una persona disparatada, díscola, pero yo me imaginaba un término medio de la vida en la calle, que no era solamente caos y desorden, sino que mantenía una esencia que la protegía de todo. Cuando conocí a Mónica Rodríguez me proyecté eso; era ladrona, vivía ensacolada, y aun así, era una persona que permanecía en su sitio, justa, en la que podía confiar. Así era Lady Tabares”.

Quien habla es Víctor Gaviria, y Mónica Rodríguez es la niña en cuya vida se basó para crear su vendedora de rosas. El joven que iba en la limosina era ‘El Zarco’, el antagonista de la película, quien estuvo a punto de no ir a Cannes. El día del viaje en los controles de inmigración del aeropuerto de Bogotá le pidieron la cédula.

—La tengo en el maletín —dijo.

Y el maletín ya estaba embaldado. Víctor y el Zarco salieron corriendo a ver si conseguían sacar la maleta del avión. Por aquella empatía colombiana con quienes se sospecha triunfarán en el exterior, los dejaron ir a la pista y bajaron las maletas del avión. Buscaban una maleta gris entre decenas de



La foto fue tomada en la gala de presentación de *La vendedora de rosas* en el Festival de Cine de Cannes, el 13 de mayo de 1998. El Zarco, Lady, Víctor y su esposa Marcela parecen mirar cada uno para un lugar diferente. Lady mira al cielo, ilusionada, como si contemplara un sueño.

maletas grises. Buscaron y buscaron hasta que el Zarco reconoció la suya. Era muy grande, pero parecía vacía. La abrió. Víctor no podía creer lo que veía: una camiseta, un calzoncillo, un par de medias y la cédula. Miró para los lados para ver si alguien los estaba viendo.

—Zarquito, ¿pero vos no trajiste nada?

—Güevón, yo no tengo nada.

Más tarde Víctor se daría cuenta de que el Zarco quería devolverse con ella llena.

En Cannes los alojó un productor francés en una mansión junto al mar, con cava de vinos y acceso directo a la playa. Vieron por televisión la gala inaugural, con la presencia de Kofi Annan y John Travolta. Esperaban a que llegara su día. Bebían, hacían recocha y se acostaban tarde, se levantaban a mediodía y se iban para la playa.

Aunque había estado en la misma situación ocho años antes, y estaba seguro de que tenía pocas opciones frente a directores como Ken Loach y Theo Angelopoulos, Víctor se iba contagiando del desasosiego y la emoción de estar en el centro de atención.

Lady y el Zarco la pasaban mal con la comida. Querían comer frijoles, arroz, carne frita y tajadas de maduro todos los días. La felicidad para ellos tenía pocos ingredientes. En las noches los atacaba la nostalgia y el mundo de Medellín se les venía encima.

—Víctor, yo vivo tirado —decía el Zarco.

Insistía en que lo único que le ayudaba a sobrevivir era enloquecerse con la droga. Lady miraba los tacones que tendría que ponerse el día de la gala y se acordaba de su madre.

—Mi mamá sí que sabe manejar estos —decía.

“Desde que llegamos a Cannes nos enamoramos de Lady. Nos tenía asombrados con su desparpajo, su inteligencia;

teníamos la cara más hermosa de una niña de la calle, llena de gracia y de luz, un ángel. El Zarco entró en una dimensión de muchacho bueno, con una vida normal, fuera de la droga; no le faltaba sino ir al colegio. Y se dio cuenta de que se había enamorado”.

—Víctor, estoy enamorado de Lady —le dijo.

Él nunca se había fijado en ella, pero en Cannes era una niña gigante, cada cosa que hacía tenía un valor inmenso. Le dio porque tenían que ser novios. Lady se asustaba y se moría de la risa.

—Usted está loco —le decía. Aunque en algún momento lo pensó.

Erwin Goggel, principal mecenas de la delegación que viajó a Cannes, patrocinó el esmoquin del Zarco y le compró a Lady un ajuar para los días importantes: un vestido café, con chaleco, con el que ella se sentía muy rara, uno plateado y otro negro, con el que finalmente se vestiría en la *premier*.

El miércoles 13 de mayo llegó el día para *La vendedora de rosas*. Hubo revuelo en la mansión. La gente corría de abajo para arriba, Lady escuchaba voces que decían “péineme aquí”, “hágame así”, “maquílleme acá”, “ya viene la limosina...”.

—¿Limosina?!

La terminaron de peinar y le dejaron dos mechones crespos a lado y lado de la cara. Era una quinceañera lista para bailar el vals, pero se puso nerviosa. Cuando llegó la limosina no se quiso subir y se quitó los tacones. Si iba a ser famosa, lo haría como su realidad la obligaba: caminando y descalza (¡Ay, las metáforas! ¡La poesía del sacol! ¡Para qué zapatos si no hay casa!).

La Croisette, la famosa avenida que da paso a los escenarios del Palacio de Eventos y Congresos donde se realiza el Festival, conocería los pies de una niña de la calle. En la limosina también iba Víctor.

—Lady, súbase, vea que ya vamos a llegar —le decía, enamorado, a su ángel.

Detrás de ellos venía la limosina de Travolta.

“Cuando le muestran la película a la prensa uno se mete en el ritual del Festival, una cosa de ensueño con unos quinientos fotógrafos. Entramos al Palacio, subimos las escalinatas con la alfombra roja y llegamos a una terraza donde había periodistas del mundo entero. Uno se emociona, es un fuego a miles de grados que te derrite inmediatamente, y te crees que estás en el centro de las miradas de todo el mundo. Ese relámpago de flashes es una cosa extraordinaria, y pensás que te lo merecés, aunque no sepás por qué. Y sentís la emoción de ver esa niña de nadie venida de Niquitao, que por una casualidad había caído en una película, y al Zarco, ese bandido, personas que aparentemente no tenían méritos para estar allí; y darse cuenta de su talento y de lo que habíamos hecho... y los flashes tran, tran, tran... ¿Qué podían estar sintiendo ellos dos? Con los días me di cuenta de que tenían un secreto”, dice Víctor.

La noche anterior hubo un escándalo en la mansión. Se perdieron unas joyas de la abuela de la asistente del jefe de prensa; varios collares y anillos de oro, con esmeraldas y diamantes. Víctor buscó a Lady y al Zarco y le preguntó a cada uno por su lado.

—Zarquito, ¿dónde están las joyas? Eso no se puede perder, hijueputa. Olvídense que eso no puede pasar, ni se les ocurra, tienen que aparecer.

—Ay Víctor, hermano, Lady es una ladrona, está enferma, no vaya a dejar nada por ahí...

Entonces Víctor se iba a hablar con Lady.

—Lady, hermosa, ¿dónde está eso? Tenés que devolver lo que se perdió.

—Ay, Víctor, el Zarco es un ladrón el hijueputa, no vaya a dejar nada por ahí si no quiere estar de traído.

prodigiosa y una maleta



Quince años después, en esta fotografía de Juan Fernando Ospina, parece que Lady hubiera vivido varias vidas. Es madre, viuda y está interna en el Complejo Carcelario y Penitenciario de Medellín El Pedregal, donde paga una condena de 26 años y 6 meses. En su figura casi no se reconoce esa niña prodigiosa que vivió la ilusión de un futuro diferente.

Los dos ponían una cara de inocencia que desconcertaba a Víctor.

—Mañana tienen que estar acá —les dijo.

—Ojalá Lady devuelva eso —decía el Zarco.

Luego iba otra vez donde Lady.

—Yo creo que el Zarco las devuelve, él es muy ladrón, pero imposible...

Al otro día Víctor volvió a preguntarle.

—Lady, entonces, ¿las cosas qué?

—Yo le voy a decir al Zarco que entregue eso.

Iba donde el Zarco.

—Zarquito, dígame pues a Lady que entregue eso.

—Tranquilo Víctor, Lady las entrega.

Y aparecieron. No faltó una sola, pero Víctor seguía preguntándose quién había sido.

La sala principal del festival es para unas 1.500 personas, un auditorio moderno dividido en terrazas. En el medio están los asientos reservados para el director, los actores y el equipo de la película que se va a proyectar. La gala principal de *La vendedora de rosas* era a las diez de la noche. A la izquierda de Víctor se sentó Lady y a la derecha su esposa Marcela. Más allá estaban el Zarco y Ewin Goggel, quien esperaba que ganaran algo para recuperar una parte de la inversión que había hecho, o para sentir que el esfuerzo había valido la pena.

Una voz nombró al director, al productor y a los actores. Cada uno se puso de pie, los iluminaron y saludaron. Y empezó la película. Lady temblaba y Víctor la abrazaba. Ella los miraba a él y a Erwin sorprendida, tratando de entender por qué estaba tan emocionados.

Se fueron metiendo en la historia, en ese mundo extraño que por primera vez era visto por ojos ajenos, una tierra oscura llena de peligros donde un grupo de niños se enamora, alucina y tiene

viajes fantásticos a sus propios recuerdos. Y en ese preciso momento, por el acto mágico de la mirada de un director de cine, eran, existían, salían de las alcantarillas, transportados como Momos sin tiempo.

Lady lloraba. Víctor la miraba y se le aguaban los ojos. Hacia el final de la película lloró de pensar que estaba en Cannes, entre grandes directores, ofreciendo ese mundo en el que había creído, acompañado de personas tan humildes, héroes de la vida cotidiana, y agradeció al cine por haberle permitido comunicar una realidad que en su país nadie quería ver.

Como la vendedora de cerillas del cuento de Andersen, la vendedora de rosas muere feliz, alucinando, en los brazos de su abuelita, pero no a causa de un frío invernal sino de una bala perdida.

La pantalla se quedó en negro y por unos segundos hubo silencio.

—¿Qué está pasando? ¿Qué significa esto? ¿Les gustó? —decía Lady.

—Tranquila, ahora cuando enciendan la luz la gente se va a acercar. No te preocupes, yo voy a estar aquí.

“Apenas terminó la película hubo un aplauso enorme, enorme, enorme. Nos levantamos a recibirlo, llorando. Alrededor había grandes invitados, burguesía europea, mujeres elegantísimas con el maquillaje corrido por las lágrimas. Salimos y toda la atención se dirigió hacia Lady, que también tenía el maquillaje corrido; esas señoras maduras, madres, que se veían muy cultas, estaban derretidas por ella, con una conmoción y una compasión tremendas. Era como si hubiera llovido dentro de la sala, como si estuvieran viendo todo a través de un parabrisas”.

Esa noche hubo fiesta colombiana en Cannes, con conjunto vallenato, embajador y cuanto pato nacional pudo colarse. Quedaba una semana de festival y a partir de ese momento Víctor y Lady se dedicaron a dar entrevistas.

En la mansión Lady y el Zarco armaron campamentos aparte, cada uno se apoderó de su espacio, al que solo accedían quienes ellos invitaran. El Zarco hacía fiestas, Lady se encerraba a hablar por teléfono con su mamá. En los ratos libres salían a la playa o de paseo, en compañía de dos jamaíquinos que tenían la misión de acompañarlos. Lady quería comprar todas las lociones que veía y el Zarco acumulaba *souvenirs* para llenar su maleta, detalles que le regalaban, cachivaches que se robaba.

Por su parte, Víctor seguía promocionando su película y soñando que quizás podrían ganar algo. Los comentarios eran muy buenos: “Los niños de la calle de Medellín comparten estrellato con Mira Sorvino”; “Bello filme colombiano en una jornada lúgubre”, tituló la prensa europea. Y también recogía chucherías y compraba confites, chocolates y candelas para llevarles a los actores que no habían viajado con ellos y que seguían buscando su viaje mágico en una botella de sacol. Llenó una maleta de regalos, parecía un vendedor ambulante.

“Me fui dando cuenta de que el secreto de Lady y el Zarco era que no tenían nada en Medellín. Estaban en una burbuja de irrealidad salida de la nada porque cuando volvieran qué más iban a tener. Ese era el significado de la maleta del Zarco, y por eso la quería llenar de cosas. Cuando llegamos a Medellín me di cuenta de que me habían robado casi todo de la maleta que yo había llenado”.

Con excepción de Omayra Sánchez, la niña muerta en Armero, Lady Tabares sigue siendo la niña más famosa de Colombia; no importa que ahora sea una mujer, madre de dos hijos.

En la cárcel El Pedregal, a las afueras de Medellín, Lady recuerda con alegría cómo le temblaban las piernas esa noche en Cannes, el sudor en las manos de Víctor, los ojos encharcados de

Erwin, la alegría del Zarco. Fue el mejor momento de su vida: la llama de la cerilla del cuento de hadas, una alucinación en la que fue una princesa respetada, halagada, pero una llama efímera al fin y al cabo.

Ha pasado los últimos once años de su vida encerrada, y ahora la alumbran las luces sin alma de la prisión. El vestido de gala se transformó en una camiseta y un pantalón ancho, los tacones en unos tenis, y el pelo largo y negro ahora está corto y rapado a los lados, teñido de amarillo, con una cola que le cae en el centro de la espalda.

La historia de cómo se apagó su llama es muy conocida, la televisión se ha encargado de mantenernos al tanto de las vicisitudes de esta niña-mujer que ya hace parte de nuestra cultura popular, como si El diablo no hubiera terminado de escribir el cuento y la hubiera condenado a contar su historia una y otra vez.

Entre rejas, Lady repite, en decenas de entrevistas, la historia del asesinato del padre de su primer hijo en su cara, el momento oscuro en que se vio involucrada en el asesinato por el que está condenada, y su lucha por que en la cárcel le den un trato digno y no le cobren con castigos ser una famosa caída en desgracia.

En el papel le quedan quince años y ocho meses para cumplir su condena, pero seguramente le faltan menos para salir en libertad condicional. Hoy tiene treinta años, y para cuando salga tendrá todavía mucha vida por vivir, como si ya no hubiera vivido varias.

Se imagina qué hubiera sido de ella si no hubiera sido *La vendedora de rosas*; quizás hubiera estudiado o sería una ladrona, no lo sabe, porque las personas con menos recursos, dice, buscan las cosas por las vías más complicadas, aunque digan que son las más fáciles.

“El relato de Lady está escribiéndose... Me imagino el final del cuento con ella libre, haciendo otra película muy hermosa y encarnando esa mujer que ella representa en el país, esa mujer de barrio, casi sin cultura, a la que le ha tocado desde niña vivir las dificultades más enormes; como un ícono popular, una persona que represente una voz, con esa voz de ella, sensata, generosa, equilibrada, para que haya una redención colectiva a través de ella y se entienda que los pecados en los que cae la gente en esas circunstancias son inevitables”.

El último día del festival, cuando se supo el desenlace de ese viaje mágico, el Zarco dejó de ser un niño bueno. Al oír los nombres de los ganadores, se sintió seco de la tristeza.

—Me estoy comiendo una tostada en el desierto, Víctor —decía.

La eternidad y un día, de Theo Angelopoulos, se quedó con la Palma de Oro; *La vida es bella*, de Roberto Benigni, con el gran premio del jurado; *La vida soñada de los ángeles*, de Eric Zonca, con el premio a mejor actriz; *Mi nombre es Joe*, de Ken Loach, con el de mejor actor, y *El general*, de John Boorman, con el de mejor director.

—Les voy a robar, Víctor, les voy a robar la palma de oro a estos hijueputas, esta noche me les meto a estos malparidos y mañana sale en los periódicos.

El cuento que El diablo sí terminó fue el del Zarco. No hubo robo ni titulares de prensa en Cannes. Regresó con una maleta llena a la cara oculta de esa ciudad donde no tenía nada, pero dos años después, en un atraco a un carro, fue asesinado. UC

La aparición de la primera bicicleta marca la memoria de muchos niños. La cicla, más que los grados escolares o la primera comunión, es una señal incipiente de libertad. Dos ruedas y una cadena dan impulso para salir del redil de la infancia. Aquí están las historias de las bicicletas sin rueditas de Rigoberto Urán y Carlos Betancur.

Primeras ciclas

por MAURICIO LÓPEZ

Urán

Ilustración: Elizabeth Builes

Efraín Laverde, con su cara color zanahoria y sus orejas puntiagudas como las de los elfos escandinavos, corría a comprarle el chance a Rigoberto Urán cada que lo escuchaba ofrecer sus números: “lleve su chance, no se le esconda a la suerte, acá puede estar el futuro de sus hijos”, voceaba el hijo de Doña Aracely. “Ese muchacho tiene ángel”, pensaba Efraín mientras sacaba un billete de dos mil pesos para pagarle a Rigoberto, quien a los quince años tenía el pelo corto, estilo soldado, y andaba ahorrando plata para comprarse una bicicleta nueva, pues la que le había conseguido su mamá, un año atrás, era demasiado pesada y no servía para subir hasta Andes y Jericó.

A los catorce años el celebrado medallista de plata en Londres 2012 y subcampeón del Giro de Italia de este año sufrió una tragedia repetida en nuestros pueblos: un grupo de paramilitares asesinó a su padre cerca de la vereda El Hato, donde Rigo creció viendo recoger café y maíz.

Sufrió mucho, pero todo su dolor lo encubrió con esforzadas sonrisas para que la melancolía no acabara con los nervios de su madre: “amá, no lloremos que él está en el cielo, no lloremos que él nos va a cuidar desde allá y yo la voy a cuidar aquí”, le dijo Rigo a su Aracely del alma cuando salían del sepelio de Rigoberto padre. “En este atrio lo conocí mijo, me enamoré de él inmediatamente”, le contestó la viuda señalando el piso adquinado del atrio de la Iglesia San José de Urrao, el pueblo donde alguna vez el joven ciclista del Sky soñó con ser policía mientras correteaba a sus amiguitos con una pistola de madera, sin gatillo y sin balas.

Después de enterrar a su progenitor Rigo y Aracely abandonaron El Hato y se fueron a vivir al pueblo. Los paras los buscaron días más tarde para pedirles perdón, pues el crimen contra el papá del niño “había sido una terrible equivocación”. Los esbirros dejaron un fajo de billetes para saldar la cuenta: “estamos a mano”, dijeron antes de irse. Rigoberto no prometió venganza, no se amedrentó. Tomó el dinero, lo regaló a la iglesia y empezó a ayudarle a su mamá en el asunto del chance.

Ya no quería ser policía sino ciclista, pues el ciclismo era el deporte preferido de su padre, quien le

contaba las míticas hazañas de ‘Cochise’ y ‘El Ñato’ Suárez de camino al campo, todas las mañanas. Rigoberto, asombrado por aquellas historias, no dejaba de cuestionar a su padre: “papá, ¿pero todo eso que usted dice sí es verdad o se lo inventa?”. “No mijo, eso es la pura verdad. Cochise, Ñato, ‘El León del Tolima’, Ramón Hoyos, todos esos gigantes atravesaban trochas, quebradas y hasta ríos en bicicleta. A veces llegaban ensangrentados a la meta, como Lucho en el Tour de Francia, ¿se acuerda, mijo?”, le respondía el longilíneo campesino de ojos claros y pelo castaño a su hijo de greñas rubias y mejillas coloradas.

Rigoberto Urán, el padre, era un campesino silencioso, honrado, amoroso con su familia, discreto en las conversaciones, madrugador como pocos. “A las tres y media de la mañana ponía a calentar aguapanela y se tomaba dos tazas. Desayunaba y se iba para el campo. Esa era su vida”, recuerda Aracely, quien se enamoró de sus serenatas de todos los sábados. “Era un buen hombre”, recalca la señora, quien al ver que su pequeño hijo quería ser ciclista comenzó a ahorrar a escondidas para comprarle la primera bicicleta. Efraín Laverde, el viejo mecánico del pueblo, aficionado a las ciclas, fue su silencioso cómplice. “Doña Aracely, lo mejor es comprarla por partes. No se preocupe que yo se la armo”, le aconsejó. Y así fue. Mientras Rigoberto recorría las calles del pueblo vendiendo chance, la mamá le entregaba a Efraín, gota a gota, los pocos pesos que tenía, hasta que juntó lo suficiente para comprar pedazo a pedazo una bicicleta Ramón Hoyos, pesada como una colección de yunques, pero hermosa.

“No recuerdo que día era, pero mi hijo llegó a la casa por la noche, cansado de trabajar. Me entregó las ganancias y se fue a recostar. Yo le dije: ‘Rigoberto, venga y vea lo que le trajeron’. El niño, que pensaba que se trataba de una empanada de las que hacía doña Rosa, la vecina de la esquina, se paró saboreándose. Cuando vio que era una bicicleta se puso a llorar”, cuenta Aracely, quien ese día lloró con él todas las lágrimas que no había llorado en el entierro de su esposo. Al día siguiente Rigoberto dio los primeros pedaleos de campeón. ©



Betancur

Ilustración: Matilde Salinas



los frijoles que su mamá le tenía calientes. Cuando terminaba, tomaba un palo de escoba, que en su imaginación no era ningún alazán galopante sino una maravillosa bicicleta de carreras, y le daba vueltas y vueltas al rancho donde vivían. Para él, esa era la Vuelta a Colombia, y siempre ganaba.

El niño no aguantó más y un día, aunque era consciente de las dificultades de sus padres, pidió una bici para Navidad. “Mamá, cómpreme una bicicleta que yo quiero ser como Lucho Herrera”. El pequeño hacía la petición con lágrimas en los ojos y el corazón de Piedad no resistía.

Pero el Niño Dios no llevó ninguna bicicleta a El Manzanillo esa Navidad, y Carlos se deprimió a tal punto que no volvió a recorrer el rancho a lomo de palo de escoba. Se la pasaba jugando con sus carritos y ayudando a su padre en la recolección del café, labor que no apreciaba.

Piedad, como la Eugenia Grandet de Balzac, un día buscó las pocas monedas que tenía ahorradas y se las envió a una prima que tenía en el pueblo; le dijo: “Gabriela, le mando diez mil pesos, haga lo que pueda, pero cómprele una bicicleta a mi hijo. Yo le pago el resto cuando pueda”.

Pasó medio año y la bicicleta no llegaba. Pasó una nueva Navidad y tampoco llegó. Piedad no le pidió explicaciones a su prima, siguió confiando. Un año más tarde, cuando Carlos estaba a punto de cumplir ocho años, la mamá recibió una carta de Gabriela. “Mija, ya la compré, y no se preocupe que no me debe nada. Yo también quiero mucho a Carlos. Se la mando en noviembre”.

Piedad guardó aquel recado como el más fino de los tesoros. “Se la voy a guardar hasta diciembre”, se dijo a sí misma mientras veía con recatada felicidad a su hijo, quien en ese momento estaba asoleando el café para salir a venderlo al pueblo.

Así, en un caluroso diciembre de 1998 el destino tocó a la puerta de Carlos Alberto Betancur Gómez. La noche del 24 la familia salió al pueblo para ver los festejos y escuchar la pólvora. Antes de las ocho de la noche ya estaban de regreso en su rancho de El Manzanillo. A Carlos le habían regalado una volqueta de plástico y una muda de ropa nueva. El pequeño se fue a la cama temprano. Los padres querían que viera la bicicleta al día siguiente, pero no se aguantaron las ganas y lo despertaron a las diez. “Mijo, mijo, ya llegó el Niño Dios, vaya mire lo que le trajo”, le susurró Ignacio a Carlos, quien restregándose los ojos preguntó: “¿Pero el regalo no era la volqueta?” “No mijo, el Niño volvió, él no se olvidó de usted”, replicó Piedad.

Carlos salió corriendo al patio y vio su bici, de marco azul como el cielo de Ciudad Bolívar y rines plateados. Se arrodilló, se puso a llorar, dio vueltas por el suelo, abrazó a sus padres. No lo podía creer. Fue una larga noche de llanto y de alegría en la casa de los Betancur Gómez, la mejor Nochebuena de sus vidas. “Cuídela mucho, mijo”, le dijo Piedad a su hijo. Él le respondió: “mamá, no se preocupe, yo voy a ser ciclista y la voy a sacar de este rancho. Le voy a dar muchas alegrías”.

Al año siguiente, en el campeonato infantil de ciclismo de Ciudad Bolívar, Carlos Betancur se coronó campeón. Había nacido otro glorioso “escarabajo colombiano”. UC

Cuando era niño se miraba al espejo, y tras una minuciosa pesquisa de su rostro iba hasta donde estaba su madre, Piedad Gómez, y le preguntaba: “mamá, ¿y yo por qué soy rubio y de ojos verdes, como los príncipes de los cuentos, pero en la vida real soy pobre?”. La mamá, una especie de Eugenia Grandet: tímida, sentimental, melancólica, se quedaba mirándolo y se reía a carcajadas. Carlos, quien apenas tenía seis años, le insistía mostrándole sus mechones de cabello casi dorado.

Carlos Betancur a veces iba a la escuela y a veces no. A veces se quedaba en el pueblo, en Ciudad Bolívar, observando a los pescadores en el malecón o brujando a través de las puertas de los caserones, abiertas de par en par para esparcir el calor. Quería una vida así: amplia, sin carencias, y con bicicletas. Pero no era posible. Su padre, Ignacio, quien había enamorado a Piedad a fuerza de silbar canciones de Roberto Carlos, era un simple trabajador del campo, del café, y cuando le sobraba tiempo iba de casa en casa ofreciendo sus talentos como mecánico, electricista y desyerbador. No había estudiado ni la primaria, aunque ganas nunca le faltaron. Tampoco Piedad, resignada desde niña a las labores del hogar, sabía lo que era la escuela. Eran pobres, como todos sus vecinos de la vereda El Manzanillo de Ciudad Bolívar.

Carlos llegaba todos los días de la escuela y se sentaba en el patio a comer



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

VIAJES LUNARES

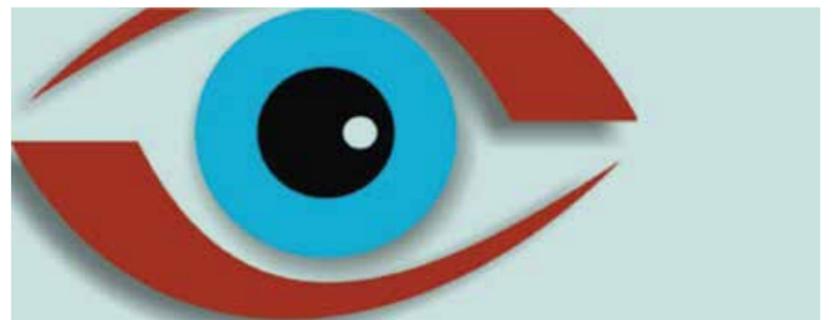
Por boca de uno de sus personajes –Mr. Barbicanne–, Julio Verne enumera en su novela *De la tierra a la luna* algunos de los escritores que le precedieron en la narración de ese viaje siempre soñado por los terrestres: David Fabricius, Jean Baudoin, Johannes Kepler, Cyrano de Bergerac (tengo ese texto en mi casa, escrito en un francés del siglo XVIII que, por supuesto, no he leído), Fontenelle, Locke, Hans Pfaal... (No incluye en su lista Mr. Barbicanne a Luciano de Samosata, quien en el siglo II llegó a La Luna en un barco convertido por un huracán en una nave interplanetaria. De todo queda constancia en su libro *Relatos verídicos*). Obviamente, no pudo mencionar el visionario Verne *Los primeros hombres en la luna*, de H. G. Wells, publicado treinta años después de su libro, ni, muchísimo menos, el notable periplo lunar de Tintín y sus amigos (*Aterrizaje en la luna*, 1953), suntuoso derroche visual y argumental del gran Hergé. Tintín, periodista que no escribe, viajero impenitente, nunca emprendió excursión más formidable que esta, último y soberbio colofón de esa larga crónica de desplazamientos espaciales. En pocas palabras: tras un viaje lleno de peripecias, él y sus compañeros arriban a una vasta extensión inhóspita, con altas montañas de roca y precipicios amenazantes, penetran en una enorme cueva erizada de estalactitas, Tintín cae a un río subterráneo de hielo... En fin, poco más, pues los excursionistas deben regresar a su base, el cohete que los trajo, para enfrentar allí, a falta de selenitas, a un enemigo humano.

Todas esas cosas pasaron antes de que Neil Armstrong hollara con sus pies ese oasis de la imaginación, borrando así dos mil años de fantasía. Quedó tan maltrecha La Luna, que ni los gringos han vuelto.

CODA

En un libro de Eric Lax, *Conversaciones con Woody Allen*, hace este una defensa ética de los ateos, diciendo (él es uno de ellos, y esto es un resumen) que se portan bien porque sí, porque les nace hacerlo, sin requerir para ello el estar espionando con un ojo las puertas del Cielo. Ya lo había dicho antes, y mejor, el poeta brasileiro Geraldino Brasil (crédito de traducción para Jaime Jaramillo Escobar):

Haga el bien naturalmente,
como si Dios no existiese,
como si Él no esperara eso de usted.
Como los ateos, como los ateos. UC



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA

Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

En su clase de geografía



por ANA MARÍA MESA

Ilustración: Mónica Betancourt

Mi apartamento tiene vista al volcán. Creo que un buen porcentaje de manizaleños tenemos desde las ventanas de nuestras casas un paisaje similar. Construida como en escalones de coliseo romano, esta ciudad nos regala un poquito de “vista” a muchos de nosotros. Desde el balcón de mi apartamento veo el campo para donde sea que mire. La ciudad de 400 mil habitantes se acaba pronto; hay límites que se pierden en los quiebres de la topografía y el verde corta el paisaje con sembrados y ganado hacia todas las direcciones a menos de seis kilómetros de mi cama, de modo que me parece ver a Manizales desde la perspectiva del campo y no al campo desde la ciudad. La ciudad, ese montón de notarías, trámites, papeleo y formalidades que somos capaces de poner en la mitad de un terreno, donde ocupa un lugar diminuto al que le damos más importancia que a la cantidad de kilómetros cuadrados de campo que tiene alrededor.

El Volcán Nevado del Ruiz que desde el balcón veo inmenso no está tan cerca. Tal vez lo esté en línea recta, pero la Cordillera Central, con dos o tres quiebres montañosos entre él y nosotros, nos pone a salvo para poder admirarlo sin temor. Podemos tomarle fotos, ver hacia qué lado sale su fumarola y qué tanto crece durante el día, notar si amaneció con nieve o si el verano deja ver la montaña de piedra, reseca y partida. A veces pasan muchos días sin que el clima nos deje ver nada, y podemos suponer y hasta esperar que la nieve haya vuelto a bajar hasta donde hace años no baja, porque el planeta se ha calentado y cada vez le queda menos nieve al Parque Nacional Natural Los Nevados.

En 1984, cuando yo tenía diez años, se despertó El León Dormido. Un buen día al volcán, que permanecía como una montaña sola, le apareció una fumarola. El olor a azufre y la ceniza comenzaron a acompañar nuestros días. A esa edad uno no sabe nada sobre volcanes. La idea más cercana que tenía de un poblado con volcán la había visto hacía poco en una película vieja que contaba la trágica historia de los habitantes de Pompeya, sepultados y muchos de ellos preservados intactos por los efectos calcinantes de la lava de El Vesubio. Creo que la misma sensación de desconcierto, temor y novedad era compartida por toda la ciudad. No sabíamos qué podía pasar. En todas partes se especulaba, y recuerdo que una vez mi abuelita, haciendo vueltas de señoras, les dijo con mucha seguridad a las empleadas de un almacén de telas: “¿Cuándo han visto ustedes que un borracho vomite en el nudo de la corbata? ¡Jamás!”, y salió de la tienda orgullosa y feliz por tener un argumento ganador ante una discusión llena de suposiciones. No sonaba a cosa dicha por ella, y pensaba que la idea no le pertenecía, pero esa seguridad me llenó de confianza y me convenció de que la historia de Manizales no sería como la de Pompeya. Así transcurrían los días en esa época, nos dábamos fuerza a punta de hipótesis para convencernos de que podíamos seguir con la rutina de la ciudad.

Cuando el volcán hizo erupción yo estaba en quinto de primaria. Por esos días la ceniza ensombrecía todo, como si no cayera directamente sino que se quedara suspendida en el ambiente, flotando e impidiendo que entraran los rayos del sol. O tal vez tengo el recuerdo de un solo día nublado y quedé con la impresión de que así transcurrieron muchos meses. En el colegio teníamos asignado un salón chiquito que daba directamente a las canchas y al patio del recreo, como en las fincas que tienen esos cuartos sin baño que dan al cafetal, en los que uno siente que nunca está realmente adentro.

Comenzó la campaña del gobierno para informar a la comunidad. Hasta el Gimnasio Los Cerezos fueron a visitarnos unos geólogos de Ingeominas, quienes con un mapa nos explicaron que el colegio estaba en la “zona naranja que ven acá”. El mapa tenía dibujada toda el área de influencia del volcán. Ahí veíamos a Manizales como un punto grande en la zona de color amarillo pálido, y al colegio como un punto diminuto, señalado en un circulito adyacente a la zona roja que correspondía al volcán directamente: “pero tranquilas, que nada les va a pasar”. Eso sí, había que estar preparados para una eventual erupción. No se podían detener las clases, y si los temores llegaban a materializarse no iban a permitir que nuestros padres fueran por nosotras al colegio. Eso me contestó muy segura de sí misma una profesora, mientras yo intentaba imaginarme a mi papá obedeciéndole mientras llegaba a rescatarnos a mi hermana Julia y a mí. “Que se entienda con él”, pensaba yo.

De todas maneras había que estar preparados. La solución estaba escrita en una circular que nos pedía llevar al colegio, entre otras cosas, un *sleeping* o un colchón, linterna, pito, pilas, cobija, tapabocas y enlatados, todos los que pudiéramos comprar. No sé por qué el colegio permitió que cada una administrara sus provisiones, con lo que las salchichitas enlatadas y las lecheritas desaparecieron rápidamente mientras esperábamos lo peor. Si *lo peor* llegaba a ocurrir, nos iba a coger mal preparadas, porque nada de eso duró. La posibilidad de que el volcán hiciera erupción empezó a tomar visos de gravedad; sin embargo, las niñas del Gimnasio Los Cerezos, ubicado en la zona de influencia más cercana al volcán, no lo asumíamos con seriedad. Yo recuerdo haber pensado que eso no estaba pasando. No podía imaginarme dormida en ese colegio, abrazada a mi hermana, lejos de mis papás, separadas de ellos por algún daño serio en la carretera. Eso simplemente no nos podía pasar. Pero al mismo tiempo hacía planes sobre rutas de evacuación que solo tenían un paso claro: tenía que pasar primero por Julia, que estaba en otro salón.

Los recuerdos que tengo de los días previos a la erupción del volcán están llenos de luces de linterna que surcan el salón de clase. Cada alumna de quinto de primaria envuelta en una cobija, con el tapabocas puesto, jugando a los refugiados, en la mano que quedaba libre el lapicero, y los cuadernos sobre los pupitres llenándose con las notas que tomábamos de lo que íbamos alumbrando con la luz sobre el tablero.

Finalmente el volcán hizo erupción cuando estábamos durmiendo. Ese año no volvimos al colegio.

Luego llegaron las noticias de Armero, un pueblo que tal vez estaba en un área que parecía lejana de cualquier riesgo según el mapa de los geólogos de Ingeominas. La avalancha desatada por el deshielo del nevado nos hizo presenciar por televisión la tragedia que pensábamos imposible, bajo el supuesto de que nos iba a ocurrir a nosotros. Y vimos morir a Omayra Sánchez; y supimos luego la historia de los estudiantes de la Universidad Nacional que estaban allá en una salida académica y que, según dicen, se enloquecieron; y nos contaron que Elsa, la tía de unos primos, había muerto por un golpe en la cabeza cuando la avalancha levantó el carro en el que intentaba huir. Estaba con la familia con la que vivía; todos sobrevivieron menos ella.

Después de 28 años ya nos sentimos como veteranos de guerra. El volcán es un hermoso y viejo enemigo que se mira desde el balcón, que se admira, se teme y se respeta. ☪

Saahingree



Áraabe

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografías de Jorge Mario Múnera

En el Corán, el libro árabe por excelencia, no hay camellos. Y es quizás éste hecho el que demuestra, según se ha dicho, que la obra fue escrita por un árabe. Aquello que se tiene más cercano a los ojos termina por volverse invisible. Hace rato, por ejemplo, que los árabes están entre nosotros. Son parte del color local de Maicao, del Loricá de Sánchez Juliao, o de la gastronomía de Cartagena.

La caravana empezó a llegar a finales del siglo XIX y no pasó de largo. Las tierras ardientes de la Guajira o las sabanas chilapas tal vez les recordaron esas otras regiones que habían dejado, donde estaban enterrados sus antepasados, y que acaso no volverían a ver.

Los diarios los describían como paupérrimos y advertían sobre el peligro de los que llevan los signos de una peste incurable. Tardaron un buen tiempo en ser aceptados, mientras iban de una lado para otro con un par de maletas, vendiendo baratijas a crédito, el fiado que inventaron. Recorrieron en bicicleta las calles de Barranquilla, Girardot o Bucaramanga. Venían huyendo del dominio turco. Y dado que hablaban tanto de éste, se les llamó de modo genérico, por esas ironías de la Historia, con el mismo nombre del pueblo que los invadió. No eran turcos, por supuesto, sino libaneses, sirios o palestinos. Herederos del espíritu andariego y mercantil de los fenicios, los árabes levantinos encontraron más acogida en la Costa Norte que en Antioquia.

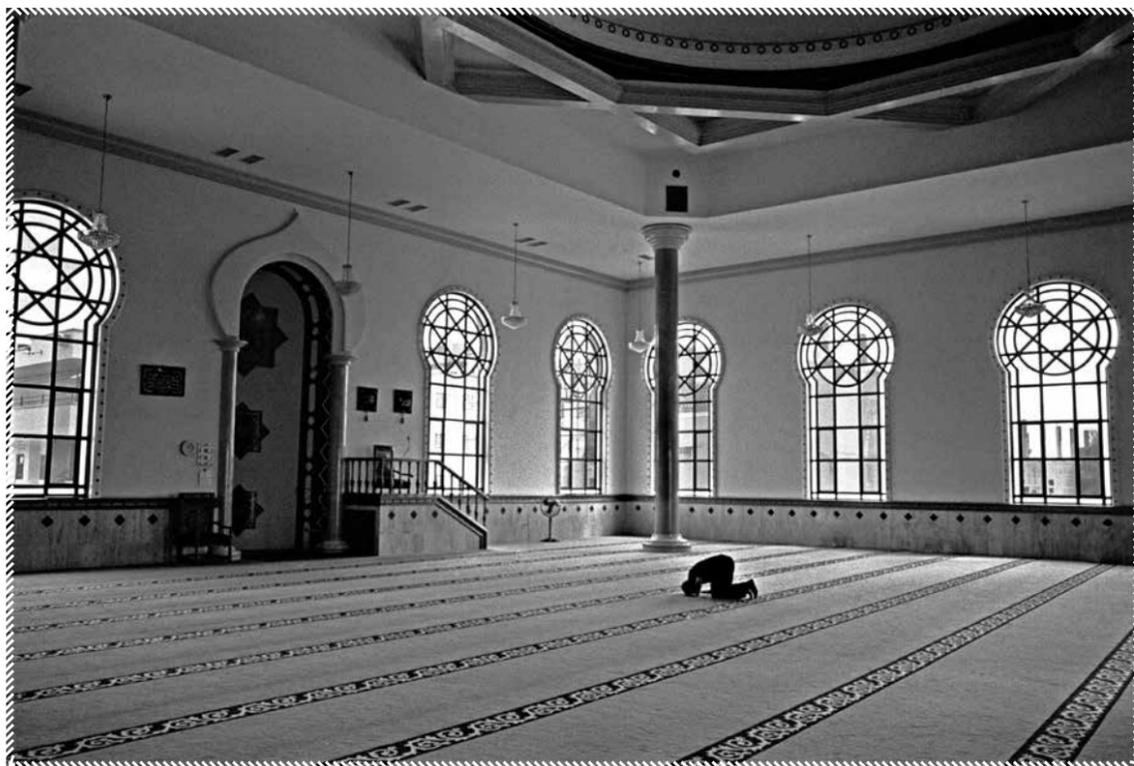
En la prensa, cada que se mencionaban los méritos de una persona con apellidos como Manzur o Char, las noticias marcaban su origen sirio, jordano o libanés; pero a mediados del siglo pasado dicha alusión ya era infrecuente, tal vez una señal de que la nación ya era había incorporado. El próspero ascenso de los árabes nos legó no sólo la idea de un país diverso, con otros cultos, sino también distintos saberes y sabores, o rituales como el del regateo. Entre los dos millones de descendientes hay sangre árabe para todo. Cineastas como Felipe Aljure,

periodistas como Yamid Amat, guerrilleros como Álvaro Fayad, reinas de belleza como Paola Turbay.

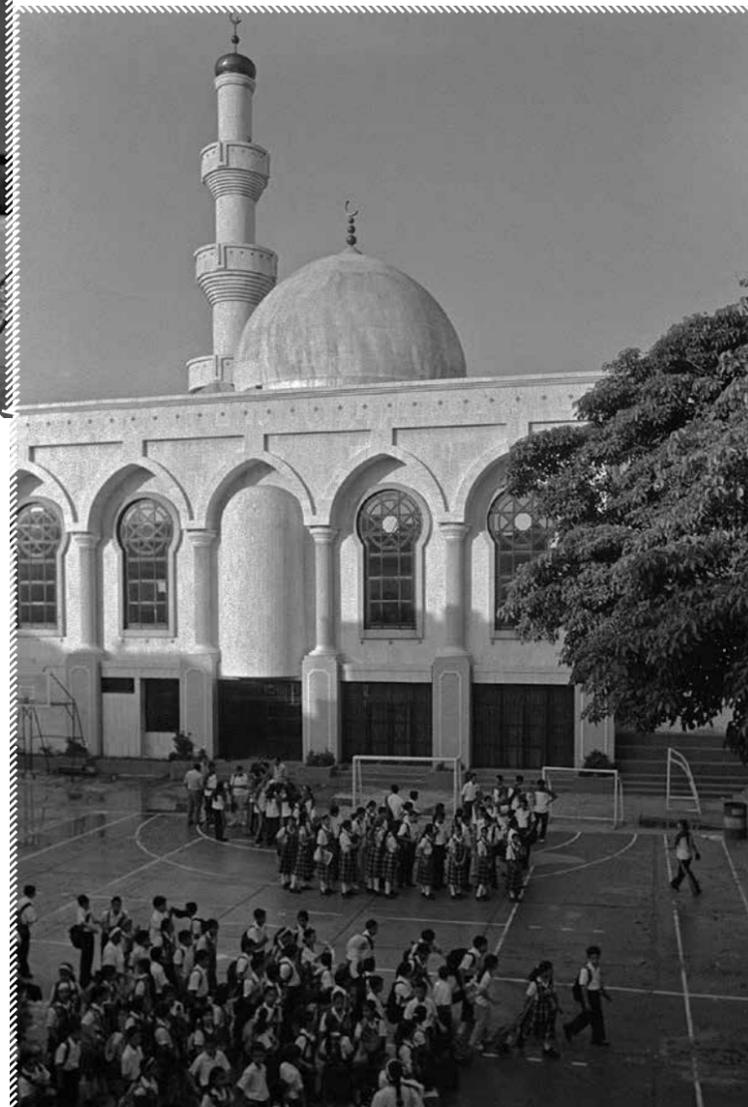
A propósito, el último apellido confirma el indicio más claro de cuándo un pueblo se ha integrado a otro, su participación en política. En la Costa Atlántica el 32 por ciento de los senadores llevan sangre del Cercano Oriente. La saga de los Turbay, por ejemplo, se inició con la segunda generación de inmigrantes, en cabeza del senador Gabriel Turbay. Aunque más se recuerda a un expresidente con nombre de emperador, Julio César, tan celebrado por su humor involuntario. Lejos ya de la discriminación inicial, ¿qué puede haber más colombiano que un chiste de Turbay?

Lo árabe se funde a tal punto con las demás culturas que a veces parece tan ausente como el camello del Corán. Llega un fotógrafo como Jorge Mario Múnera y extrae, del batiburrillo costeño, escenas del Islam en el Caribe: una mansión árabe abandonada de Puerto Colombia, un profesor del Corán en Maicao, o una sílfide con velo de *Las Mil una Noche* junto a un galán monteriano. Los fragmentos elegidos por el artista a menudo nos obligan a leer los pies de foto para tener la certeza de que estas imágenes sí se tomaron en lugares de Colombia; hacen parte del libro *Retratos de un país invisible* en el que Múnera nos guía por parajes de una geografía tan inexplorada que linda con las fronteras de la imaginación. El suyo es un proyecto tan laborioso como el de un entomólogo. Su lema es “Lo que no se sabe no se ve.”

Por eso, antes de disparar su cámara ha emprendido largas travesías por mapas y libros en los que estudia sitios, relatos y culturas. Sólo cuando siente conocer mejor un tema, se sube a la panga que lo llevará bien lejos de su origen. Con Alfredo Molano recorrió toda la zona fronteriza del Orinoco y registró detalles sorprendentes de una nación apenas reseñada por los periódicos. La lente de Múnera nos hace pensar en esa frase de Cabrera Infante: “Curioso cómo una foto transforma la realidad cuando mas exactamente la fija.”



Mezquita Omar IBN Alkhattab. Maicao 2004.

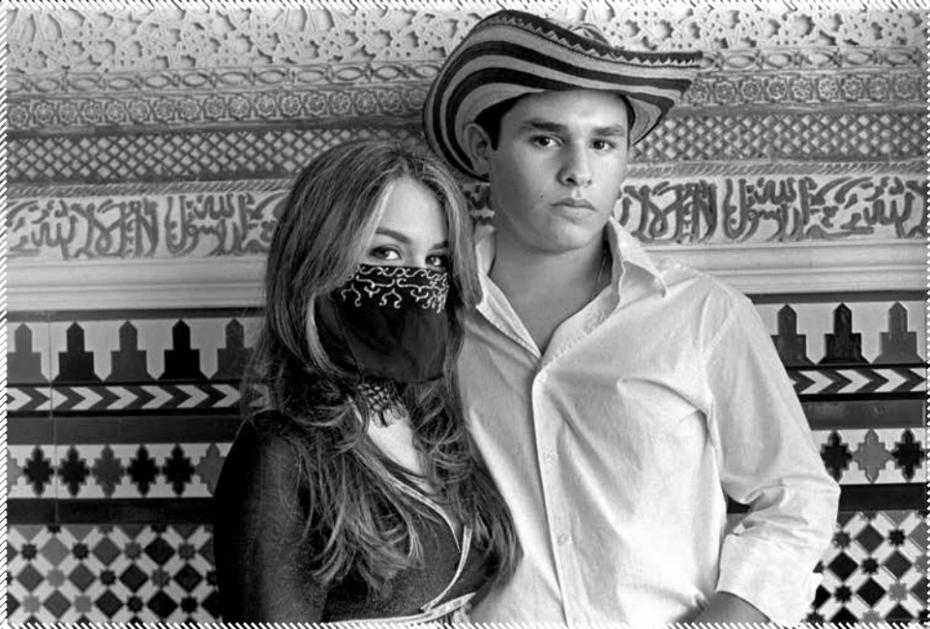


Entrada a clase en el Colegio Árabe Dar El Arkam.
Maicao 2004.

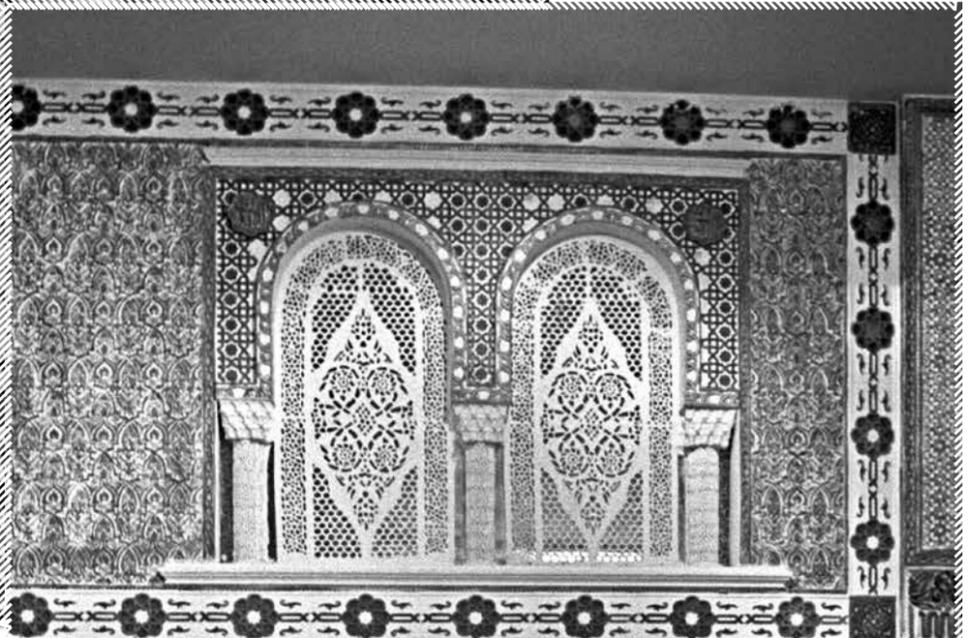


Abdú Eljaiek, fotógrafo, en el Salón Granada. Barranquilla 2004.

Teresa Román de Zurayk en el cuarto de muñecas de la Casa Román. Cartagena 2004.



Sueño Palestino 2. Barranquilla 2004.



Sueño Palestino 1. Barranquilla 2004.

Los extraviados de París

Fotografías de VALENTINA TABARES-FOUBERT

2007 - 2008



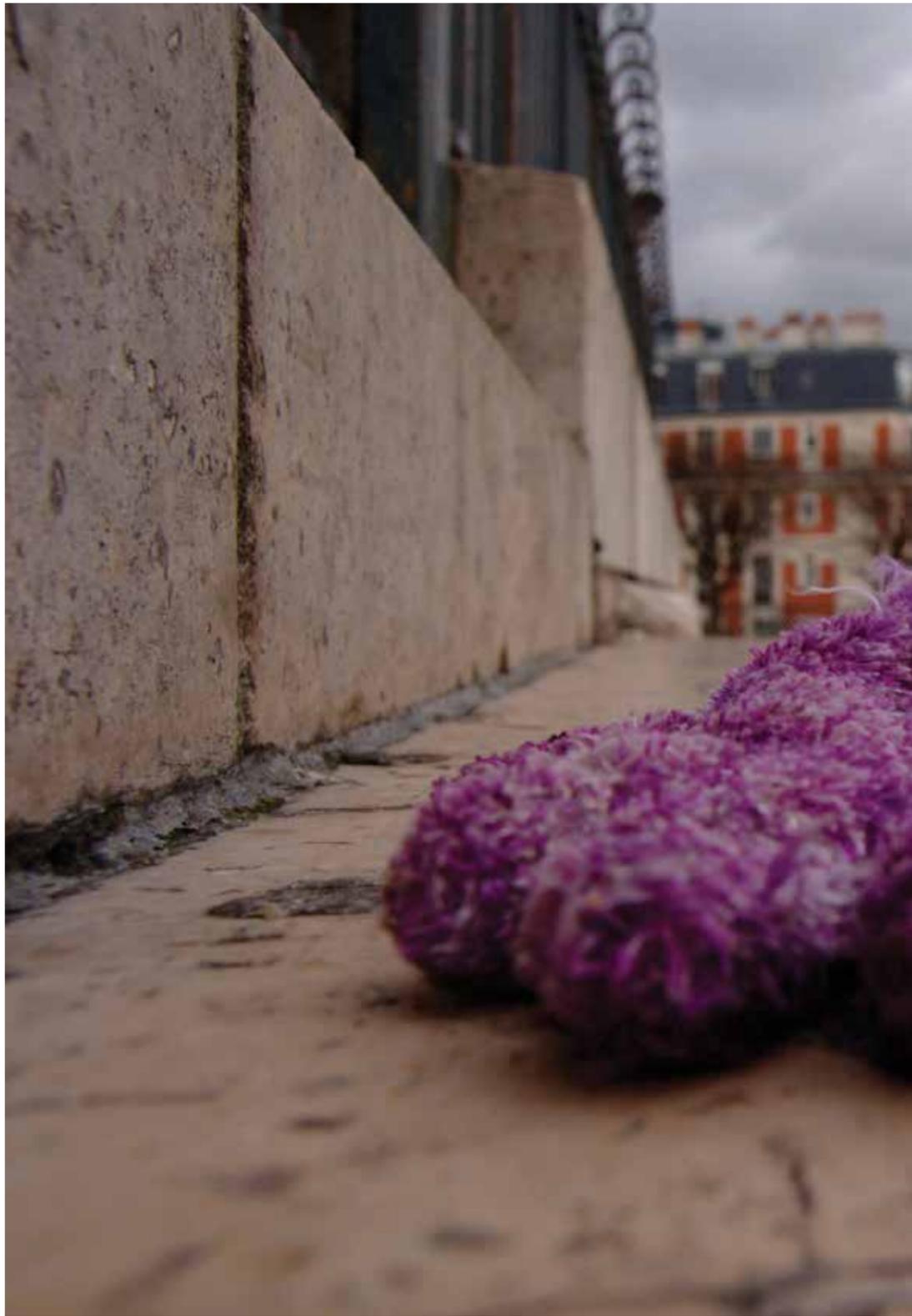
Hacía cinco años vivía en París, iba siempre caminando de un lado a otro, demasiado ocupada en ganarme la vida como para contemplar la ciudad y sus monumentos históricos: *Le Musée de Louvre, Le Pont Neuf, La Cathédrale de Notre Dame, Le Sacré Coeur*. En invierno, doblada por el frío y el cansancio, me limitaba a observar el sucio suelo parisino camino a casa. En un atardecer oscuro del mes de noviembre, cruzando una calle en el barrio Montorgueil, algo en el piso me llamó la atención. Era un guante de lana, negro, solo, nuevo, parecía conservar aún el calor de la mano que lo había perdido. Abandonado, indefenso, el guante sobre el suelo me tocó el corazón. Decidí fotografiar a esos extraviados hasta hacerme a una colección de 150 ejemplares a lo largo de dos inviernos.

Eran una obsesión. En cada uno de esos guantes veía manos arrancadas de sus brazos, echadas al olvido en la mugre de la gran ciudad. Su abandono me hacía pensar en la pérdida de lo que creemos nos pertenece, en la soledad, en el frío seco que irrita la piel desnuda. Ahora mis ojos iban clavados al suelo de las calles de París en búsqueda de guantes extraviados. Encontrarlos era una gran alegría. A pesar del frío que me paralizaba, quería inmortalizar los que se cruzaran en mi camino.

En esta «*chasse aux gants*» me di cuenta de que los guantes extraviados no pasan inadvertidos. Muchos estaban sobre marcos de ventanas y bancas, o, lo que resultaba siempre cómico, ensartados en cercas metálicas o en los bolardos de las aceras. Esos guantes conservaban el gesto anónimo de ese alguien que, salvando el guante, intentó sanar el abandono al que nos arrojan las grandes ciudades. Nunca vi a nadie hacerlo. No supe quién en París podría sacarle tiempo a un guante perdido cuando todos van tan rápido.

Y, ¿qué pasaba con el otro? En general pierdes sólo uno, no los dos. El otro lo encuentras cuando llegas a casa o cuando has tomado el metro y es muy tarde para regresar a buscarlo. Muchos, como yo, guardamos inútilmente el que queda por si acaso el otro aparece, y el guante no se queda en un cajón, entre medias, algunas también solas, rodeado de la aristocracia de los guantes pares, recordándonos la pérdida del otro.

Inmortalizándolos, pensaba que así su antiguo dueño y yo nos comunicábamos en la contemplación de la soledad. Aquí una pequeña selección de mis extraviados de París. ©





CENTENARIO

La sonrisa del Demonio

por ANDRÉS FERREIRA

Ilustración: Cachorro



Aquel 13 de diciembre comenzó en el Parque de Bolívar: compré dos cigarrillos, miré al cielo y entendí por anticipado lo que pasaría más tarde, al caer la noche. El parque era ajeno a la fiesta del día: casi podía sacarme sin peligro el buso negro que ocultaba mis colores.

Entendí que ella también estaba en camino hacia el Estadio, y que por lo tanto nos veríamos de lejos, tal vez un poco más cerca en la tribuna, pero no lo suficiente para el saludo y el silencio incómodo. No nos hablaríamos hoy, el día más importante que pudiéramos recordar en nuestras vidas: era la lucha que definía el paso a la final, y era clásico. Nacional contra Medellín. Era la serie que nosotros, los testarudos militantes del Deportivo Independiente Medellín, habíamos soñado siempre, casi en broma por lo increíble.

Bajé a pie hacia el Estadio por la calle Colombia, con mis últimos 900 pesos en el bolsillo izquierdo, como uno más de esa peregrinación

intermitente que lleva a los hinchas hacia el occidente desde los barrios altos. Evité a los rivales en Carlos E., antes de llegar al sitio de reunión en los alrededores del Obelisco. La gente reía evadiendo la Ley Seca; me tomé un par de aguardientes y me uní a los cánticos de la barra. La ciudad había enloquecido: nosotros, el Deportivo Independiente Medellín, estábamos a noventa minutos de borrar años de fracasos. Si ganábamos, nos acercaríamos al título por tercera vez en 33 años.

Ella iría. Hacía solo dos semanas habíamos apretado nuestras manos durante todo el segundo tiempo contra Millonarios, ese 2 – 1 angustioso como solo pueden serlo los del Medellín. Los jugadores se acercaban a la tribuna a tirar las camisetas; nosotros nos abrazábamos sin decirnos nada. Luego no la vi más. No fui al primer partido de la semifinal para no verla. Ahora, hoy, quería volver a ganar un partido, pero con ella al lado. Yo sabía el final de la historia, pero no me lo quería narrar. Ya dentro del Estadio me hice al lado de los “originales”, en la parte baja de la Tribuna Norte. Cayó la tarde y la demencia vino por nosotros.

El partido fue un pulso en el que Nacional fue doblegándonos con paciencia, inexorablemente. Nos hundíamos. Ellos creían humillarnos de nuevo, pero nosotros, el Deportivo Independiente Medellín, pagamos siempre por la película completa: la tribuna cantaba la derrota entre los dientes, todos en su sitio. El árbitro nos expulsó a dos jugadores. Descontamos con euforia, y ahí fue cuando miré hacia arriba, a la bandeja superior de la tribuna. Ahí estaba ella, en su sitio de siempre, el nuestro. Su rostro nunca estaba vuelto hacia la cancha: hablaba con gente que yo no podía ver.

Faltaba un minuto. Los rivales celebraban. Esta era la película que había visto por anticipado: la de buscar otra cosa en la derrota, el dolor y la esperanza. Todo se nos iba de las manos, otra vez. Y ella se iba con un jefe de la barra: él la abrazaba del talle y ella le decía cosas al oído con insistencia. El árbitro pitó, los rivales rugieron de alegría, y nosotros, el Deportivo Independiente Medellín, nos alejamos con todos los esfuerzos puestos en mantener la cabeza erguida. Yo me alejé también, de nuevo por la calle Colombia, solo, con mi buso negro puesto y cara de no haber estado allí nunca. Pero estuve, a pesar de haber visto desde temprano aquello que solo un hincha del Deportivo Independiente Medellín conoce: la sonrisa del Demonio, aquella que nos da esperanza para dejarnos con el dolor. O al contrario. UC

Desatinaos por vos

por JESÚS GABRIEL ACOSTA

Ilustración: José Sanín

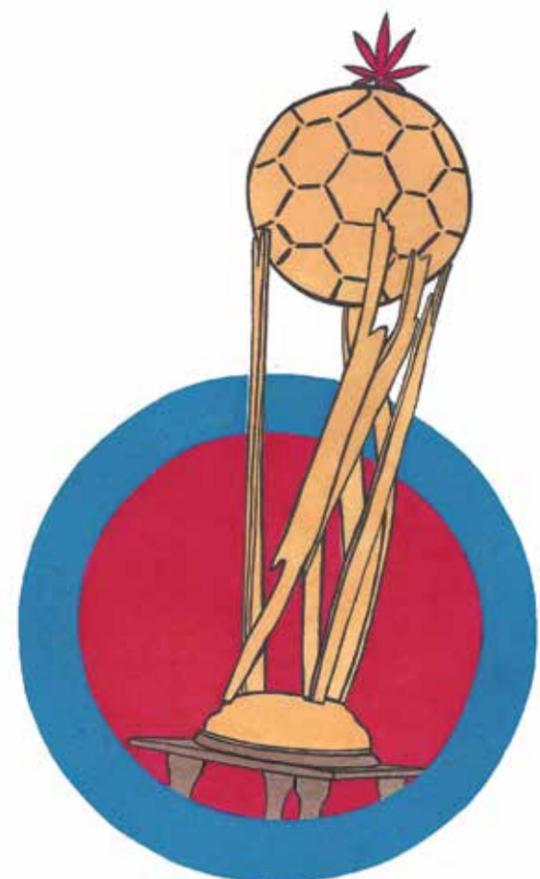
Nah, qué va, esos chinos nunca volvieron. Por allá se ven en Preferencia. Todavía saludan. Son gente elegante, pa qué... Yo los conocí cuando me pasaron una pata de una cripa toda áspera. A ellos los mongolizó menos que a mí. Ahí donde ven a esos riquitos, son todos desatinaos. ¿Pero es que hablame de un hincha del Medallo que no sea desatinao?

Yo llevo viniendo a la Norte desde que poníamos costales en vez de trapos. Ese año fue el Mundial de Francia. Y todavía estaba abierta La esquina del DIM. Así se llamaba un bar al que le decían el viejo Zepelín, como se conocía una calle de La América en la época en que todavía había tranvía. Y parte del paseo de caer a la tribuna era pasar por esa esquina y tomarse un guaro. Se parchaban unos cuchos a lo bien que le invitaban a uno hasta cinco chorritos. Cuchos elegantes, que iban con su cojín pa sentarse en los altos de Oriental. O relajaditos en las populares. Pero pegados siempre del radio.

Todavía me acuerdo de un día en el que el cucho del bar cerró cuando menos pensábamos que iba a cerrar. Acabábamos de ganar en Ibagué e íbamos a la final contra el Pasto. Parce, y un año antes ya habíamos perdido una contra el América... Era como la revancha, y por fin ser campeones. Y a lo bien que no es por nada pero con el Pasto uno la veía más breve que con otros, ¿o no?... Pero bueno, lo que sea, al final el cucho echó a todo ese gentío que iba a empezar a gastar de a garrafa; imagínense: clasificados ya y el cucho se emputó, que pa la casa, que cuál guaro homen, que había que estar en la casa juiciosos porque por festejar era que Dios no nos daba la estrella..., y nos mandó a todos a buscar chorro y a tirar voladores...

No le digo parce que pa desatinaos los hinchas del Medallo. El cucho decía que por eso él “no era hincha a morir aunque fuera mejor que los hinchas a morir”. Y así, loco y bueno, fue el profe Luna, el de ese título. Ese día, cuando ‘Mao’ Molina metió el tiro libre, don Félix, un cucho que tenía una tienda por el Parque del Ajedrez, empezó a repartir empanadas. Como un loco, ese cucho que no le fiaba a nadie, le dio la loquera, parce, por repartir empanadas a todos los que llenaban las mesas, que se abarrotaron al frente del televisor que había en una esquina del techo. Pero al cucho, loco que era, le dio por cobrar el ají: “ni bobo que fuera, no voy a perderle todo”, decía.

No le digo que todos son desatinaos, parce... Vea esos gomelitos del Poblao; uno piensa que son todos picaos, y a la hora de la verdad, probones como uno. Gastan el chorro, el vinacho. E invitan a otras cosas. Chucito de mil, que a veces le coge a uno el hambre cucho. Y la bareta, esa cripa que es toda mongolizadora. Y es que a lo bien cucho, de eso se trata cuando uno sigue al Rojo. De estar carnalariado. Todos viven la fiesta a su manera. Pero eso sí, todos desatinaos. UC



El Deportivo Independiente Medellín cumple 100 años con las afugias propias de sus colores y su historia. Universo Centro publica dos historias de hinchas rojos, recuerdos íntimos del sufrimiento y la dicha propios de la tribuna. Llegaron acompañados de esta línea con buena estrella: “Escribir el testimonio de su historia es una actitud legítima del amante.” Salud por los amantes del DIM. Y para que no todo sea tan poderoso, va también el recuerdo burlón de una tragedia azul y roja.

Pietá en el Atanasio

Si ya lo olvidaron, si todavía no lo han visto, vayan a internet y busquen: “Gambeta Estrada Júnior Campeón”. Pongan el video y párenlo en el momento en que ‘La Gambeta’ es interrumpido por el periodista: “¡Gol del Junior!”. Dejen la imagen congelada en ese rostro indescifrable, mezcla de rabia, perplejidad y dolor. Y busquen, también en internet: “Pietá Luis de Morales”. Comparen la cara de la virgen con la cara de la Gambeta y díganme si no se parecen.

Tenía nueve años cuando vi en directo, por televisión, el gesto agónico de la Gambeta Estrada. Veinte años después recuerdo claramente ese rictus de pesadumbre y la imagen del ‘Chiqui’ García, que era como un Bolívar agigantado por la gloria. Los jugadores lo llevaban en andas por la pista atlética del Atanasio Girardot, mucho más amplia entonces, llena de periodistas y jugadores que esperaban el final del partido en Barranquilla para celebrar, o mejor, para seguir celebrando.

En esas estaba la Gambeta cuando lo vi: celebrando con un periodista que lo entrevistaba. “Esto es lo más hermoso que me ha pasado en la vida, incluso por encima de... de...”. ¿De qué, Gambeta? ¿Qué pondrías por encima? ¿El 1-1 con Alemania? ¿El Mundial de Italia? ¿Pondrías el Mundial de Italia por debajo de esto? Hombre Gambeta, ¡cómo se te ocurre! Ahí fue cuando el periodista le dijo, en forma cruel, es cierto, la dura verdad: “Gol del Junior! ¡Gol del Junior!”. Se lo dijo dos veces. Miren y verán. Con la primera le cortó la frase y lo trajo en seco de Italia al Atanasio; con la segunda lo bajó de la nube, del “por encima”, y le puso los pies sobre la tierra. Quedó otra vez por debajo la Gambeta, y el Medellín por debajo del Junior campeón.

La verdad es que había razones de peso para celebrar. Era la noche épica, la proeza total: victoria en el clásico sobre Nacional, paso a la Copa Libertadores y título de campeón, porque el Junior necesitaba ganar y apenas empataba contra el América. Y celebración hubo antes y después de que llegaran las amargas noticias de Barranquilla. Como el rey orgulloso del cuento infantil, los jugadores de El Poderoso permanecieron altivos aun después del golazo de Mackenzie en el minuto 92. Y también, como el rey, varios iban desnudos: recuerdo a Óscar Pareja en calzoncillos, con un collar de arepas, llorando de alegría y luego de rabia y luego otra vez de alegría porque nadie se movía del Atanasio, porque todo el mundo prefería alargar esos cinco minutos de gloria a seguir estirando 36 años de sequía.

No logro precisar si la Gambeta se sumó al festejo. Después de la fallida entrevista y del inolvidable gesto, las cámaras lo pierden y se concentran en los que de todos modos quieren terminar la vuelta olímpica. Allá van ‘El Pájaro’ Juárez, ‘El Ferri’ Zambrano y Carlos Castro, el del gol contra Nacional, el héroe transitorio, el redentor pasajero de la noche. Otros, en cambio, son menos entusiastas. Sumido en el dolor, aplastado por el fiasco, Pedro Álvarez no halla consuelo en ese barullo de felicidad y frustración. Luis Barbat llora a mares de rodillas en la gramilla. Nada redime sus tristezas. Era todo o nada. Y fue nada.

La ceremonia terminó con procesión de ríos de fieles siguiendo al bus de El Poderoso. Esa vez fue primero la crucifixión y después el vía crucis. Y aunque la peregrinación fue bastante emotiva, esa noche nada fue tan conmovedor como el gesto de Carlos-Enrique-La-Gambeta-Estrada; fue, permítanme el oxímoron, un instante eterno. Porque si es verdad aquello de que la idea del mar cabe en una sola gota de agua, yo diría que los cien años de El Poderoso caben en ese momento en que la mirada de la Gambeta se pierde en un trance místico, afligida y sin sosiego como la de la virgen en la *Pietá* de Luis de Morales. Habría que canonizar a la Gambeta y hacer estampas con ese rostro martirizado, solo comparable al de los grandes sufrientes de las Escrituras. Así debió mirar José a María cuando esta le anunció, impasible, que esperaba al hijo de Dios “sin pecado concebido”. Así debió mirar Isaac a Abraham, su padre, cuando vio que lo iba a degollar “en prueba de su temor a Dios”. Busquen “El sacrificio de Isaac de Andrea del Sarto” y verán en el niño la misma mirada mansa, la misma mueca de terror y desazón de la Gambeta. Esa noche no hubo ángel que detuviera el sacrificio: lo que hubo fue un heraldo negro que anunció el gol del Junior como otra broma absurda del Dios loco todopoderoso.

Yo tenía nueve años cuando lo vi. Ahí y entonces resolví el dilema de ser o no ser hincha del Deportivo Independiente Medellín. UC

por PABLO CUARTAS

Ilustración: Verónica Velásquez



Rompehuelgas, estrategia y delator. Un hombre que en el transcurso de una década cruzó el río de la política colombiana y pasó de una orilla ideológica a la contraria. Los nuevos comunistas empujaron a un viejo socialista hasta las garras de la policía política. Una historia con espías de viejo dato.

La venganza de TUM

por TATIANA ACEVEDO



Grupo de delegados asistentes al Comité Ejecutivo Nacional Ampliado del PSR, realizado en julio de 1930.

1. Delegado no identificado.
2. José Gonzalo Sánchez.
3. Guillermo Hernández Rodríguez.
4. Rafael Baquero.
5. Tomás Uribe Márquez.
6. Pablo E. Sabogal.
- 7 y 8. Delegados no identificados.
9. Inés Martell.

En los documentos desclasificados de la Policía Nacional hay reportes de un informante apodado TUM, quien durante 1932 describió las actividades del Partido Comunista Colombiano. Sus informes, presentados personalmente al capitán Gustavo Gómez, director de la Policía durante el gobierno liberal de Olaya Herrera, tenían tres propósitos generales. En primer lugar, TUM daba instrucciones para lidiar con huelgas específicas. Recomendó, por ejemplo, “arreglar” cuanto antes la huelga de choferes que por entonces se gestaba en Bogotá. Según afirmó, los choferes eran “elementos muy numerosos” y podían llegar a ser demasiado “peligrosos” si su causa era capitalizada por el comunismo.

Además de rompehuelgas, TUM era asesor del gobierno en su relación con el movimiento obrero. Para “contrarrestar la acción” del Partido Comunista entre las masas trabajadoras propuso, entre otras cosas, iniciar una activa campaña de propaganda en la que el gobierno resaltara sus políticas sociales en materia de empleo. Esta campaña debía hacerse “especialmente por carteles y hojas volantes, ya que hay muchos elementos obreros que no alcanzan a informarse en el periódico”. La tercera de las tareas de TUM, una que él mismo había propuesto, era organizar comisiones que se desplazaran hasta las regiones “peligrosas” en las que tenía influencia el comunismo, para desvirtuarlo y difundir las propuestas del gobierno: “Una hasta Buenaventura, otra a Ibagué, otra a la región cafetera alrededores de La Mesa (sic), otra a Barranquilla y Cartagena, otra a la Zona Bananera”.

Pero, más que rompehuelgas y estrategia, TUM fue un delator. Enumeró, por ejemplo, los municipios en los que el comunismo tenía influencia y que podían representar un riesgo para la capital: “La región que está más trabajada y que ofrece mejores perspectivas para un movimiento sobre Bogotá son (sic) especialmente los alrededores de La Mesa y Viotá. De allí, pueden venir, de la sola Mesa, en un momento dado, cerca de dos mil socialistas a la capital...”

Salen por una trocha extraviada, en unas diez horas de marcha, a Sibate, de donde, por la carretera, fácilmente llegan a Bogotá”.

Y no solo describió con detalle ciertas actividades del Partido Comunista, también acusó con nombre propio a algunos de sus miembros y propuso formas de castigarlos. Fue especialmente crítico con el entonces secretario general del Partido: “La propaganda que hace [Guillermo] Hernández Rodríguez, Secretario del grupo que preconiza la violencia, es muy activa y muy intensa; parece que la inició hace unos cuatro o cinco meses un alemán que entonces estuvo en el país y que ya lo abandonó, y esta propaganda es general”. El informante desenmascaró también a la pareja de Hernández Rodríguez, la revolucionaria venezolana Carmen Fortoul, quien usaba el seudónimo de Inés Martell. Según se lee en los informes, llegó incluso a pedir su deportación: “TUM considera conveniente la expulsión de la venezolana Martell, quien hasta hoy se ha hecho pasar por colombiana. Aconseja el medio para poderla expulsar”.

Entre los informes de la Policía Nacional de aquella época se encuentra también la carta en la que el director de la Policía le revela al presidente Olaya Herrera la identidad de TUM: “Tengo el gusto de remitir a su Excelencia un resumen de una conversación que tuve ayer con el señor Tomás Uribe Márquez (cuyo nombre conviene guardar con cuidado) y el cual pone a la Policía en posibilidad de conocer un poco mejor las actividades del grupo comunista”.

De modo que TUM no es otro que el agrónomo formado en Europa, quien llegó con ideas socialistas de México a su natal Medellín y luego a Bogotá en 1917, líder de la izquierda nacional, secretario del Partido Socialista Revolucionario desde su creación en 1926. ¿Cuántas veces se vieron el policía y el revolucionario? ¿Dónde se encontraban para hablar? ¿Qué propició el cambio de Uribe Márquez a TUM, de adalid de la colectividad a delator?

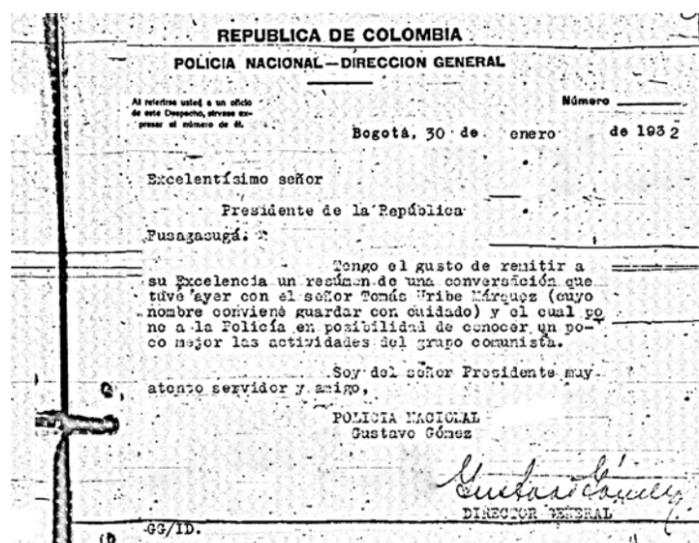
El de 1932 era un país distinto al de los años veinte, en los que Uribe Márquez había liderado el socialismo. La

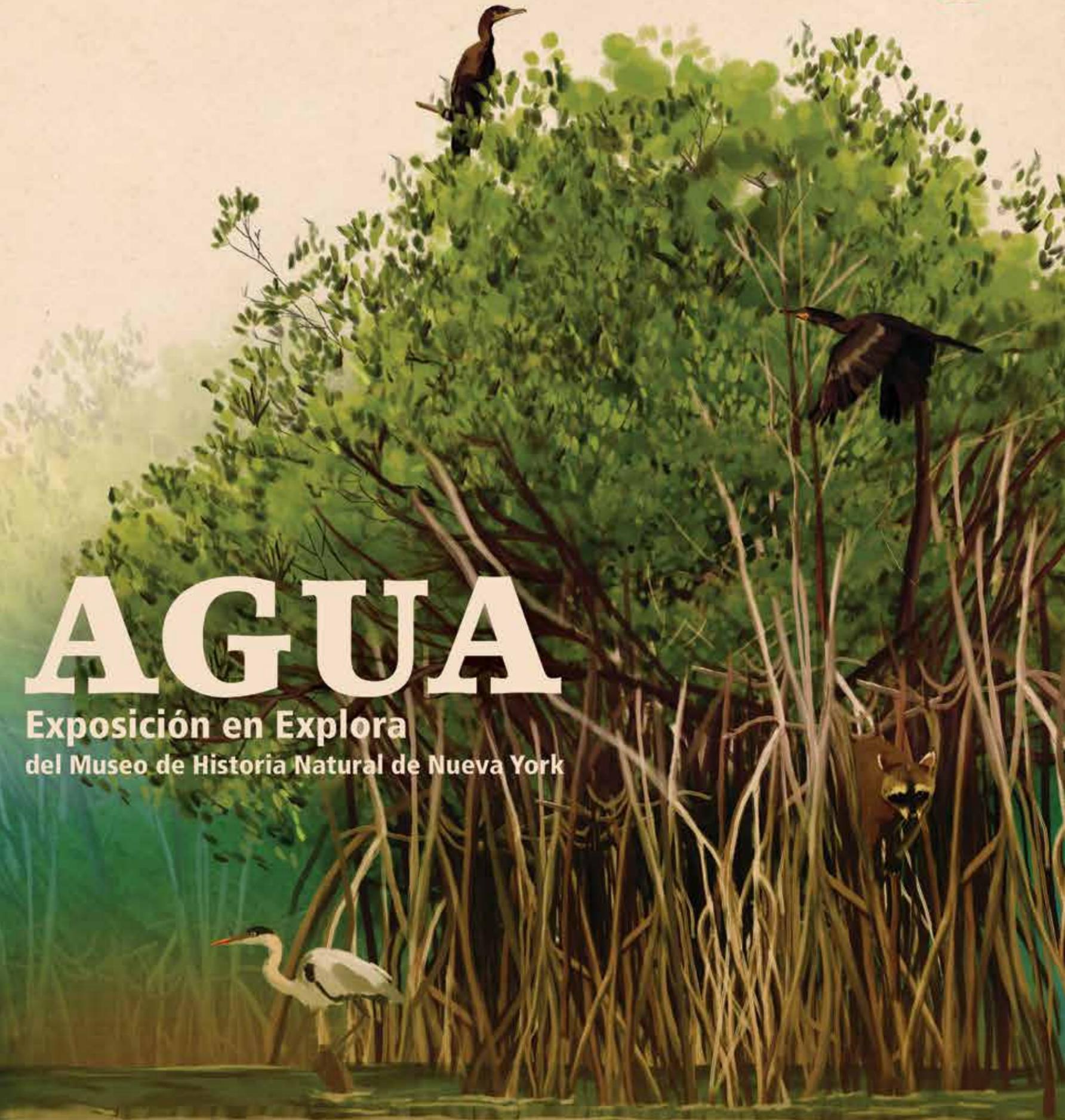
hegemonía conservadora había caído y el gobierno de concentración nacional de Olaya generaba algunas ilusiones entre sectores progresistas. Pero, sobre todo, era la izquierda la que había cambiado. No se trataba ya de aquel partido artesano y obrero que acogía a las capas medias y a los intelectuales, de aquella colectividad heterogénea guiada por Uribe Márquez, dos de sus primos hermanos, María Cano y Francisco de Heredia, y sus respectivas parejas, parientes y amigos.

En 1930 la colectividad había dejado de llamarse socialista y se había convertido en el “Partido Comunista de Colombia”. Desde Moscú se había enviado una delegación cuyo fin era refundar un “verdadero” partido comunista exclusivamente proletario. La delegación fue encabezada precisamente por el joven Guillermo Hernández Rodríguez, quien había estudiado en la Escuela Lenin de la Internacional Socialista, y por su novia, la venezolana Martell. Ambos, arrogantes y dogmáticos, denigraron del pasado y de los viejos líderes, a quienes señalaron como figuras negativas. Así, para el momento en que sirvió como informante a la Policía, Uribe Márquez había sido criticado fuertemente dentro del Partido durante dos años, acusado por Hernández Rodríguez de ineficiente, blando y amigo de los liberales. “¡Me han convertido en el trapo sucio del partido!”, exclamó desesperado en alguna ocasión el antiguo dirigente.

En una de sus cartas al presidente Olaya, el capitán Gómez le informa sobre las razones que habrían llevado a Uribe Márquez a convertirse en informante. De acuerdo con el texto, el prócer de izquierda había decidido delatar al que alguna vez había sido su partido porque este se extraviaba en una corriente violenta. Según cuenta Gómez, “TUM representa una corriente teórica, pacífica... Me manifesté que con esto pretendía evitarle al pueblo que lo lanzaran por caminos tortuosos y violentos”.

Este apego a las ideas pacifistas resultaba, sin embargo, un tanto fingido, pues tan solo tres años atrás, siendo secretario general de la colectividad, Uribe había liderado una insurrección armada nacional. Ciertamente, tampoco iba a “salvar al pueblo de la violencia” entregándole a la Policía la lista y ubicación de los bastiones obreros rebeldes. Así, todo parece indicar que la historia de TUM delator, más que una lección de coherencia ideológica, amor al pueblo o a la patria, es una novela de venganza. UC





AGUA

Exposición en Explora
del Museo de Historia Natural de Nueva York

Manglares, tejidos de agua

Más de diez árboles de mangle se destruyen para sacar un bulto de carbón, que se vende a dos mil pesos.

Protejamos el gran Golfo de Urabá, donde el mar y el agua dulce chocona forman universos de vida profusa, en extremo riesgo.

Mayores informes: www.parqueexplora.org | 516 83 00



Grandes patrocinadores:



Medio aliado:



Apoya:



Funcionarios anónimos han hecho pasar vergüenzas a los Estados Unidos. Los secretos de las oficinas secretas publicados en los diarios hacen que Obama palidezca. Lo último fue la prueba de que la Agencia de Seguridad Nacional de EE.UU. esculca entre nuestros correos y devaneos sociales de todos los días en las redes. Poner una palabra amenazante nos asegura lectores entre los espías gringos. Saluden a sus posibles lectores de gabán y gafa negra.

CORREOS EXPLOSIVOS

por DANIEL OBREGÓN

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Metadata

From: "A.J. Grant" <ajgrantf@nsa.gov>
 To: "F. Hughes" <fghues2@nas.gov>
 Subject: USCOM Intelfeed report Colombia #1239AFCOL
 Sent: 21/06/2013 8:30 AM

Take a look at these. Algorithms suggest human spanish anaylist needed. What's the name of that dude that who handles those requests? Txs.
 Remember tonight we're having dinner at my place. Sharon is cooking her famous pasta. Bring white wine.*
 AJ.

From: "Daniel Obregón" <dobregon4564@gmail.com>
 To: "Pascual Gaviria" <rabodeajip@hotmail.com>
 Subjet: Texto UC NSA y Obama
 Sent: 21/06/2013 2:46 AM

Hola Pascual,
 Va el texto hermano. No sé si quedó un poco delirante. Me dices. Un abrazo. Como siempre, ahí vemos cómo me pagas en especie.
 Daniel

La revelación de Edward Snowden, un contratista de la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos, sobre el programa "Prisma" desató un profundo debate sobre la privacidad y los derechos de los ciudadanos frente a la vigilancia del Estado. Sin embargo, si usted no tiene un pasaporte azul, nada de esto le concierne.

"Lo que puedo decir sin lugar a equívocos –le dijo Obama algunas semanas después al periodista Charlie Rose– es que si eres un ciudadano estadounidense la Agencia Nacional de Seguridad no puede escuchar tus llamadas, no puede vigilar tus correos, a no ser que vayan a una corte a conseguir una orden".

¿Asumimos entonces que cualquier agente de medio pelo en la Agencia, el FBI, la CIA, etc., tiene acceso a nuestros correos, llamadas y demás ríos de información íntima que regamos por las redes solo con el clic de un mouse? La verdad, quienes no tenemos pasapor-

te americano lo asumimos desde hace bastante tiempo.

De todas formas, oír al antiguo profesor de derecho constitucional abrogarse el poder de espiar a cualquier extranjero es estremecedor ¿Este es el hombre que en 2008 se paró en Berlín frente a 200 mil personas y se declaró, siendo candidato presidencial, "un ciudadano global"? De nuevo en Berlín, hace pocos días, Obama la vio difícil tratando de defender su estrategia de vigilancia frente a Angela Merkel, la canciller alemana, que en su juventud vivió bajo la vigilancia de la Stasi, la policía secreta comunista de Alemania del Este.

Obama anunció que desclasificaría parte de su programa, como una maroma para esconder el asunto de fondo: el resto del mundo no tiene derechos cuando se trata de la "seguridad nacional" gringa.

Además de sumarnos un punto en ingenuidad por pensar que podría haber sido de otra forma, hay que restarle un punto más a Obama, de quien

pensábamos que sería un presidente diferente. Resultó ser sencillamente una cuestión de color.

Por lo demás, el actual ocupante de la Casa Blanca se enmarca dentro de la larga tradición de lo que ellos mismos llaman el "excepcionalismo estadounidense", una visión de la geopolítica donde simultáneamente se confieren un poder para moldear los destinos del mundo y se apartan de las reglas globales cuando tocan intereses domésticos. "Preservar el orden mundial –escribió Robert Kagen, un destacado académico del Brookings Institute– requiere del constante liderazgo y compromiso estadounidense". El artículo de Kagan, publicado poco después de la elección de Obama, fue, según la Casa Blanca, una de las lecturas que le dieron forma al primer discurso del Estado de la Unión, donde el Presidente alardeó: "Cualquiera que les diga que Estados Unidos está en declive, o que

nuestra influencia ha disminuido, no sabe de qué está hablando".

Lo que nos devuelve a que Estados Unidos sí sabe de qué estamos hablando todos. O al menos esa es la sensación después de la espectacular delación y teoría de la conspiración de Edward Snowden, quien afirmó poder chuzar al mismo Presidente si tuviera su dirección de correo electrónico.

Pero el efecto Snowden no fue causa de pánico y paranoia en Estados Unidos. Al contrario; según sondeos como el de The Washington Post, el 56 por ciento de los consultados está de acuerdo con el programa de vigilancia. El Gran Hermano cayó como una imagen reconfortante en un país que aún les reclama a las agencias de inteligencia no haber anticipado los atentados de Boston, no haber advertido que a dos chechenos americanizados desde la infancia se les ocurriría pegar balines y puntillas a una olla a presión y llenarla de pólvora de juegos artificia-

From: "yilber marquez" <yilitomarq23@hotmail.com>
 To: "jimena pardo" <ximepardlab@hotmail.com>
 Subjet: Frijoles bomba
 Sent: 21/06/2013 11:46 PM

Mami, como es que me dijiste que era la receta de esos frijoles bomba q hace tu mama alla en la casa. Ya compre la pressure cooker, la olla pitadora esa, y tengo los ingredientes que me dijistes, pero se me olvida cual es la otra cosa esa que hay que echarle para darle el tinte explosivo q le ponen en tu casa. Viene un amigo africano amigo de Abdul, es un man de Somalia y los quiero matar con estos frijoles a ver si logramos cerrar el negocio.

Besos pues.
 [End Text]



La primera venta



por GLORIA ESTRADA

Fotografía: Lena Mucha



Segundos después, cuando el hombre ya había avanzado unos veinte pasos, me di cuenta del error y sentí vergüenza, casi miedo. Le había vendido, sin querer, el encendedor gastado, el que mi mamá usaba para prender fuego a los cigarrillos menudiados. Dada mi escasa experiencia como mercader de la calle y mis también escasos nueve años, temí lo peor. No sabía si rogar que volviera pronto mi mamá de la tienda donde surtía la chaza y me ayudara a enfrentar la potencial furia del comprador si regresaba, o que llegara pronto el hombre sacudiendo con indignación el encendedor casi vacío y cambiárselo por uno nuevo sin que mi mamá se enterara de todo el rollo y me regañara como sabía hacerlo.

Así, toda confundida, me quedé sentada en el banquito de madera, con los pies colgando, viendo pasar buses por la Avenida San Juan. De cuando en vez giraba la cabeza hacia Carabobo con ganas y sin ellas de ver aparecer a mi mamá por entre los carros. En esas pasó con su carreta en contravía el vendedor de tomates, don Alirio, preguntó por mi mamá y le dejó conmigo una libra de tomate de aliño que ella le había encargado. A Ramiro, un muchacho embolador de zapatos, lo vi pasar de largo hacia el Parque Berrío. Me saludó de lejos moviendo la mano. Él solo arribaba a saludar cuando tenía tiempo y no iba cogido de la tarde, pues según decía tenía que “abrir la oficina” a las nueve de la mañana. Pero creo que también se acercaba a la chaza de mamá solo por verla a ella.

No había pasado mucho rato cuando vi que volvía el señor de camisa negra con rayitas rojas al que yo había estafado. Llena de miedo giré la cabeza otra vez hacia Carabobo y como en un espejismo apareció mi mamá esquivando un automóvil y con dos bolsas negras en las manos. En ese instante sentí más alivio que terror; además, pensé entonces y pienso ahora, estaba en casa, digo, en mi territorio, era la chaza de mamá. Aunque estuviera en la calle, ese pedacito de centro era nuestro. Mamá llegó primero, me entregó una bolsa, y enseguida el hombre estuvo a su lado: “¡Vea la candela que me vendió esta culicagada!”, dijo. “Bueno, jalándole al respetico señor. Tenga una nueva y disculpe pero a la niña me la respeta”, le habló como ella sabía hablar cuando se ponía justa y brava. El hombre, que ahora era un niño regañado, mejor, un perro con la cola entre las patas, tiró el encendedor empezado sobre los turronecitos de coco, dio media vuelta y se fue.

A mí me regañaron, claro. Pero, para mi alegría, no me quitaron el placer de ir en los días de vacaciones a acompañar a mamá e incluso de volver a quedar encargada del negocio. El placer de vivir ese mundo que aún me gusta, que conozco y comprendo, esa vida en la calle armada con trozos de vida de cada vendedor, de cada luchador, de cada sobreviviente. ©

les; al parecer sacaron la receta de un manual en Internet de Al Qaeda.

Con los pelos de punta luego de las bombas en la maratón de Boston, un simple experimento de colegio mal calculado le puede costar la libertad a un bachiller, como le sucedió a Kiera Wilmot, una chica de dieciséis años que hizo mal su tarea y mezcló de forma equivocada aluminio con limpiador de baños; el resultado fue un poco de humo y una explosión inofensiva, pero las autoridades hablan de la “descarga de un dispositivo de destrucción masiva”. Además de ser expulsada, Wilmot, dicen los reportes de prensa, será judicializada como adulta.

En este punto parece concedida la autorización para dar rienda suelta a las metateorías de conspiración. Snowden es en realidad un agente activo de la NSA que reveló de forma calculada los secretos del programa de vigilancia para generar confianza en una nación permanentemente asustada. El programa real de vigilancia debe ser algo más poderoso y secreto. Prisma es solo un señuelo.

Corey Chivers, una estudiante de doctorado de la Universidad de Montreal, calculó que un algoritmo del estilo que utilizan los programas de la Agencia Nacional de Seguridad tiene una eficiencia de uno entre diez mil; es decir, por diez mil correos que los agentes sacan del inmenso tubo de información virtual que tienen conectados a Google, Facebook y demás, solo uno es de un terrorista real.

Si los espías gringos tuvieran que analizar textos como este, porque incluyen palabras como “bomba” o frases como “quiero hacer un atentado de destrucción masiva que cause la mayor cantidad de muertes de ciudadanos de Estados Unidos”, solo quedaría pensar que todo el alboroto por la vigilancia gringa proviene de una táctica destinada al fracaso.

Que se queden con su pasaporte azul, su presidente Obama y su sensación de nación excepcional. El mundo es un libro abierto tan largo que el Estado vigilante se va a dormir leyendo antes de terminarlo. ©

* Dale una mirada a esto. Los algoritmos sugieren que se necesita un analista del español. ¿Cómo se llama el tipo ese que se encarga de esos asuntos? Gracias.

Acuérdense, nos vemos esta noche en mi casa para la cena. Sharon está haciendo su famosa pasta. Traigan vino blanco.

Calle 27 Sur N° 43A - 61
 Teléfono: 448 24 04
 www.otraparte.org
 Horario de atención:
 3:00 p.m. - 11:00 p.m.

ILUSTRACIÓN POR DANIEL GÓMEZ HENAO

Celulares, bolsos, dinero; al mediodía, en la noche, por la mañana. Los ladrones se explayan en el valle. En el Estadio, en el Centro, en Laureles; en motos, en carros, a pie; con puñales, con fierros, con puntas. Atracos y atracos. Ese es el panorama en Medellín y ya perdimos la cuenta del tiempo que venimos siendo comida de ratas. Lo que sí sabemos con certeza es que en el 2011 el colectivo artístico Papabomba se inventó “Me robaron y punto”, un proyecto de creación colectiva que invita a que las víctimas de atraco cuenten su historia.

La cohorte digital de Universo Centro se unió a Papabomba y no solo eso, ahora nos robamos un espacio aquí en el impreso (lo sentimos, el fin justifica los medios) para decirle, a usted posible atracado en potencia, que ayude a alimentar esta iniciativa de protesta y escritura. Si lo roban marque el punto en el mapa que hay en nuestra página web y mande su historia a merobaronypunto@gmail.com

Otros ya lo han hecho: la chica que tiene ladrón propio en el Parque Berrío, la señora a la que se le meten al taxi, los que “perdieron” en La 70, el conductor atracador... todas estas historias, simples pero reveladoras, se pueden leer en www.universocentro.com... Pero por ahora, ya que estamos aquí, lo invitamos a degustar la vinagre revancha de un compañero de causa.

“Qué”. Así dijo la ñarria esa. Me miró soberbio a los ojos. Sentí, por milésimas de segundo, que su cuerpo era el mío. Creí la fuerza de mi mano empuñando la navaja. Imaginé la respiración de ese cuerpo delgado agitada como liebre. Sentí ensanchadas de amedrentamiento las pupilas para someter al que tenía en frente, o sea, a mí.

Pero ese “qué” potente, altanero, me devolvió a mi propio cuerpo. Levanté las manos y los hombros, al tiempo, como quien comprende que no hay nada que hacer. Di media vuelta para seguir mi camino y encontré el rostro solidario de un anciano. “Vea, ni Policía a quién llamar”, dijo. Respondí con piloto automático, con un gesto complaciente. Mi mente, como supongo que debe pasarle a todas las víctimas de robos, estaba ya ocupada en lo que “pudo ser”.

Pudo ser que en vez de entregar tan servilmente el teléfono móvil, hubiera enfrentado a los dos hombrecillos —sí, a esos enclenques, tan enclenques como yo—. En ese caso, pudo ser que usted no estuviera leyendo este texto en este momento, porque su autor posiblemente sería una estadística de homicidios de Medellín. Y las estadísticas no escriben.

Pudo ser que yo hubiera corrido antes de que me alcanzaran. Desde que me percaté de su presencia, intuí para qué me seguían. “Ey mono, una moneda”, me dijo la ñarria esa (adelante Furia mía, desahógate: sí, ñarria, pobretón, inculto, muerto de hambre de barrio pobre, drogadicto amurado que nunca leerá esto porque ni siquiera sabrá leer. ¡Tu mamá es una puta!).

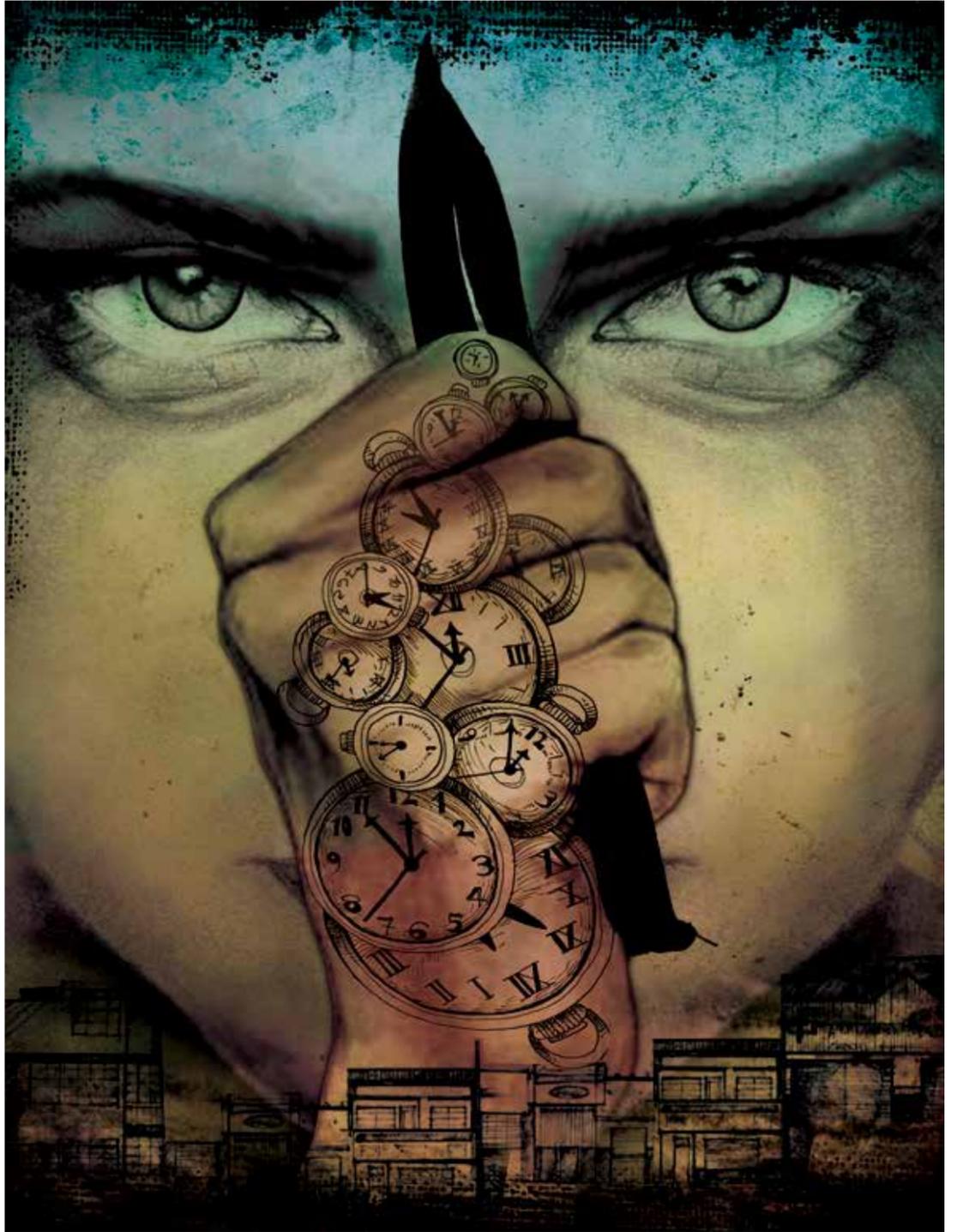
—Nada hermanito, no hay —dije yo, mirándolo de reojo y sin detenerme.

¡Carajo!, vaya usted a saber de dónde putas he sacado yo la idea de que usar expresiones como “hermanito” genera empatía con el gamín o presunto ladrón. Según mi ingenuo postulado, un vínculo verbal de afecto neutraliza su negro asecho. Ahora que lo pienso, es una bofetada a la benevolencia de mi único hermano que yo llame a estos pobres diablos de esa forma. De ahora en adelante los llamaré “amiguito”, como lo hace uno de mis amigos ex mejores.

De reojo vi que ante la negativa decidieron seguirme. Sentí en la nuca su olfato de ladronzuelos. Aligeré el paso y ellos lo hicieron. Pensé estrategias: correr hasta la portería de la Universidad de Antioquia, a unos cincuenta metros. Pero no, me imaginé protagonista de esas escenas en las que el ladrón acuchilla a su víctima en movimiento. Sí, en tan pocos segundos uno puede pensar tanta mierda. “¿Y si me lanzo a la calle Barranquilla?”, me dije. En ese momento el semáforo estaba en rojo. “Atropellado mientras huía de un atraco”, imaginé el titular en el *Q’hubo*. Entonces, no.

Tampoco sirvió la esperanzadora presencia de los caminantes que venían en dirección opuesta a nosotros, unas cinco personas, entre ellas el anciano. “Venga mono”, dijo uno de los ladrones mientras me agarraba la mochila. Habían logrado arribarme. Con la otra mano sacó la navaja. “Entregue el celular”, dijo el otro, una impúber ñarria, una sabandija desnutrida que parecía no haber comido en meses y, en cambio, haber consumido toda la marihuana producida en meses en Medellín (¡Quieta Furia!). Así que yo, cual venadillo presuroso, saqué del bolsillo de mi jean el teléfono. Mientras lo hacía, imaginé con nitidez el cuchicheo dentro de los automóviles y buses que, ahora sí, se agolpaban sobre la calle. Imaginé la lástima de las señoras, o el obvio “están atracando a ese muchacho” de algún pasajero. Incluso consideré absurdo que justo en las afueras de Ruta N, el ícono de innovación y tecnología de esta ciudad, me estuvieran rapando un teléfono de baja monta.

Los pilluelos dieron marcha atrás. Los miré de nuevo y fue en ese momento en el que me encontré con el “qué” de la ñarria esa. Ellos caminaron tranquilos hacia la carrera Carabobo y yo absorbo por la calle Barranquilla, hasta el puente peatonal. “Me acaban de robar”, imaginaba que podían leer los demás en un letrero pegado en mi frente. Y eso me avergonzó. Y me avergonzó sentir, por un momento, la negra necesidad de empuñar esa misma navaja y girarla lenta y repetidamente dentro del pecho de la ñarria esa. Y decirle: “qué”. 



Me robaron y... qué

por PEDRO CORREA OCHOA

Ilustración: Carolina Escobar

Manzarek,

disoluto y santo monje rockofónik

por JOSÉ GABRIEL BAENA



El 20 de mayo falleció en Alemania el músico norteamericano Ray Manzarek, archifamoso por haber sido el teclista o tecladista principal de la potente banda de rock ácido The Doors entre 1965 y 1971, al lado de Jim Morrison, Robby Krieger y John Densmore. Había nacido en 1939. Hablaremos de Las Puertas lo estrictamente suficiente: el grupo –dicen los historiadores– lo dirigía Morrison con el dedo chiquito del pie izquierdo, merced a su poderosa personalidad y prepotencia y cólera –valores necesarios para chicos y grandes, reconozcámoslo–, y en su corta pero esplendorosa carrera en Los Ángeles, California, produjo álbumes excelsos aunque muchas veces difíciles de escuchar en aquella lejana época en la que Morrison regía como el ‘Rey Lagarto’, alias tomado de uno de sus poemas; porque el man no solo escribía las letras de sus iluminadas canciones, también incursionaba en ese bendito género literario cuando todavía se acostumbraban esas pacientes caligrafías: en español se conoce media docena de libros antológicos que incluyen los más famosos versículos de *Oda a Los Ángeles –Pensando en Brian Jones muerto–*, *Una plegaria americana*, *Los Señores*, *Far Arden*, *Agua seca*, *Las cintas de la aldea*, *El Ojo*, y por supuesto *La celebración del Lagarto*. En la película de Oliver Stone, si no estoy mal de 1991, el director queda mal parado pues se concentra en la parte droga-dura del joven Jim, en sus obscenas insolencias en conciertos donde les mostraba el pipí a las fans y cometía innombrables actos contra la pureza, y en las búsquedas con la heroína, el ácido lisérgico y el peyote –gran delicia de la comida mexicana–, además de toda clase de hierbas del Lejano Oeste.

La indagación desesperada por la existencia de un Algo Superior –esa majadería– partió de su lectura inicial del

libro de Aldous Huxley *Las puertas de la percepción* (1954), título extraído a su vez de un verso del místico inglés William Blake: “Si las puertas de la percepción quedaran depuradas, todas las cosas aparecerían al Hombre tal como son: infinitas”. Y el librito de Huxley partió de sus experiencias con ácido lisérgico, dirigidas –hacia 1950– por el futuro profeta de la generación hippie Timothy Leary. Por mi parte pienso que Morrison también leyó algo de *Las enseñanzas de Don Juan*, con todos sus chamanes adjuntos.

Manzarek y sus compinches de The Doors no fueron ajenos a las investigaciones extracorporales de Morrison, y todo ello se nota diáfananamente en sus aportes a los álbumes que grabaron entre 1966 y 1971, a saber: *The Doors*, *Strange days*, *Waiting for the sun*, *The Soft Parade*, *Morrison Hotel* y *L.A. Woman* (uno se me escapa). Después del último citado Morrison murió en París, gordo y sucio y en una bañera, a los 27 años. Nadie supo de qué. Cuando me tomé una foto en su tumba de Montparnasse (¿o de Pere Lachaise?) en 1978, el negativo salió todo velado; no hay que creer en ello, pero El Maligno existe.

Confieso que siempre me gustaron de *Las Puertas* los impresionantes acompañamientos de Ray Manzarek en los teclados de entonces, sobre todo eléctricos órganos todavía de tubos, clavicordios y similares, y por supuesto pianos desconectados. Cuando el hombre se desbocaba parecía aquello un ceremonial de iglesia luterana desorganizado en un *sabbath* medieval, pero no en un Black Sabbath, tampoco. Después de Morrison el grupo siguió ardiendo un par de años hasta las cenizas, renaciendo de cuando en cuando con diferentes apelativos y músicos originales o recién nacidos, hasta posarse en *Riders on the storm* –una de las canciones de Morrison–; levante la mano quien los haya visto en Bogotá. Yo no.

De Manzarek en solitario me gustaron dos álbumes: primero, *The golden scarab*, como dicen en inglés, “slightly based” en el cuento *El escarabajo de oro* de Edgar Allan Poe, un título que aspiraba a mucho, con aires de mística egipcia y otros sincretismos, pero que se diluyó desde el principio, quizá por culpa de la extraña mezcla e influencias de los dieciocho músicos contratados, entre ellos la críptica sibila Patti Smith, quien lee cinco líneas. Manzarek construye letras puramente morrisonianas, e imita de vez en cuando su voz en asuntos filosóficos que se convierten en divertimientos burlescos, tales como “Oh tú Perfecta Forma plena de néctar: Tuve un sueño solar, el Celestial Esquema y Plan para el Hombre Superior, toma tu vida en tus manos y dirígela, no niegues tu Cuerpo o extraviarás el camino, el Cuerpo es el secreto, algún día serás Espíritu Puro pero por ahora, nena, puro cuerpo... Toma una siesta a la sombra de un árbol, bebe una limonada, métete al cine, date una caminata por este parque y tírate un pedito, querida...”. O en *La barca solar*: “Demos un paseo en la Barca de Ra, trae tu cetro, trae tu rayo, veremos El Ojo bajo el Palio, la Estrella Matutina, el borde del Vacío no está muy lejano, veremos las fuentes del Nilo, que están en el Tibet, y quizás el Expreso de Shanghai... No tengas miedo de la Barca Solar, al frente van Nietzsche y William Blake, el Kundalini va en el pasillo formando figuras de ochos perezosos, Buddha está comiendo helado como también Lao-Tsé, Freud y Jung se dan las manos y te dicen ‘Estamos contigo...’”. En la canción *El escarabajo dorado* no faltan referencias al Antiguo Egipto y sus dioses y faraones y templos hoy vueltos polvo, Amenhotep, Akenathon, Nefertiti, Tutankhamen, Heliópolis, y el escarabajo corriendo por allí, danzando en la *Lux Aeternam*. El resto del álbum

baja a do menor y es muy trivial, con saxofones, bajos, trompetas, bongos y congas y percusiones antillanas y caribes, vea usted. Mucho ron pirata de Jamaica en la cabeza y la panza.

Diez años después, en 1983 –y este es el Manzarek que más me gusta–, reúne grandes coros, orquesta sinfónica, grupos de cámara, para hacer una reversión de las prodigiosas *Cármina Burana* –con tilde–, que significa “Canciones de Beuern”, un pueblito de Alemania donde en el siglo XIX se hallaron los pergaminos medievales plenos de letras mediosagradas pero más profanas y mundanas que cosa vista hasta entonces; esto para los ilustradillos que piensan que “Carmina Burana” sin tilde es el nombre de una putilla gitana como la *Carmen* de Bizet. Manzarek aporta demoleadores tornados de rock, ya puro, ya sintetizado, a las partituras originales del hasta entonces serio músico Carl Orff para sus “Cármina” de 1935-36, que le supusieron un éxito demoleador en pleno régimen nazi y la acusación de serlo con suposiciones de citas racistas en la obra; puras calumnias de los concejales de la espuria raza aria. Nuestro buen Manzarek, de la mano asesora del minimalista Philip Glass, produjo una apretada selección de los temas de Orff –podrían decirse órficos, sin duda–, cantados en la lengua original de los manuscritos, mezcla de francés antiguo, alemán y, sobre todo, latín: se atribuye la escritura de las canciones a extraviados estudiantes universitarios, monjes disolutos o de severa iglesia, goliardos o juglares, mechudos vagabundos. Una síntesis majestuosa, con títulos sugestivos como *Oh Fortuna*, *Emperatriz del Mundo*, *El alegre rostro de la primavera*, *El sol todo lo suaviza*, *El bosque florece*, *Boticario*, *dáme maquillaje para sonrosar mis mejillas*, *En la taberna*, *ardiendo interiormente*, *En otro tiempo adornaba los lagos cuando todavía yo era un cisne*, *Yo soy el Abad*, *El amor vuela por todas partes*, *Había de pie una muchacha con una túnica roja*, *De mi pecho brotan muchos suspiros*, *Oh dulcísimo*, *el más amado*, *a ti toda entera me entrego...* Toda una apoteosis de cuerpos y de almas, y toneladas de toneles de vino. ¡Ay, *perduto amore!* *The end*: Los lectores interesados en esta “Cármina Burana” de Manzarek pueden encontrar todos los poemas que allí se cantan en una magnífica traducción de Juan A. Estévez disponible en el étereo-estéreo bar La Nube –The Cloud–, y comparar juiciosamente la versión rockofónica con la clásica de Orff. Finalicemos con algunas leves rimas: “El amor vuela por todas partes, es capturado por el deseo... Los jóvenes y las jovencitas se unen merecidamente. Si alguna moza no tiene compañero, carece de todo placer... Tu hermoso rostro me hace llorar mil veces, pues tu corazón es de hielo. Como remedio, al instante vuelvo a la vida con un beso... Ve canción, ve canción, que mi amor no viene... Quiera Dios, quieran los dioses, lo que imaginé en mi mente: que podía abrir las cadenas de su virginidad...”. Un brindis con tinto y Lucky a la memoria de Ray, monje suelto. UC

Desde los años treinta el regente de la política antidrogas en Estados Unidos, Harry J. Anslinger, se encargó de alentar la ciencia ficción sobre la marihuana. “La marihuana, asesina de los jóvenes”, fue el más famoso título de su campaña publicitaria. Pero antes estuvo Barba Jacob, un marihuano que regó a Centroamérica con semillas y tinta de periódicos, un poeta que le cantó a la hierba, un conocedor de las esquinas donde se vendían los baretos mejor armados de Honduras, Guatemala, El Salvador y México, pero también un cínico, un burlón que escribía los más disparatados sermones con la hierba que tanto lo alentaba. Es seguro que se reía con desvergüenza mientras escribía esos artículos que ponían el moño al lado de los asesinos y los demonios de mala índole. Al final, prendía uno de sus cigarros verdes para encontrar un nombre que firmara esos disparates: Califax, fue la enseña de sus artículos para El Herald de México. Aquí están solo los fragmentos de uno de ellos. En algunos se atreve a señalar las calles donde se vende la “Juanita” y los nombres de algunos jibaros. Seguro los más careros y menos dispuestos al fiado. Según dicen sus biógrafos llevaba diez años fumando hierba al momento de escribir estas páginas en fechadas el 26 de julio de 1919.

La dama de los cabellos ardientes se bebe la vida de sus amantes



“El 45 por ciento de las personas a quienes atropellan en las calles de México los camiones, los autos de alquiler, los tranvías y aún los coches, son víctimas del nefasto vicio de la marihuana. En ocasiones el transeúnte carece del sentido de las distancias, porque sus células que corresponden a la localización, están embotadas por la hierba verde, pero con más frecuencia son los choferes y motoristas los que se hallan bajo el influjo del humo venenoso. Ni los primeros pueden defenderse de la acometida de los vehículos, ni a los segundos les importa una vida más o menos, pues voluntariamente se han puesto en un estado que los inhibe para la exacta ponderación de los valores morales. Así se explica el número aterrador de trágicos sucesos que manchan diariamente las calles de la metrópoli”.

Las palabras anteriores encierran, en síntesis, la opinión de un prominente médico mexicano, especialista en el tratamiento de las intoxicaciones crónicas. Ahora bien, la opinión científica está de acuerdo con lo que ha revelado desde hace años la experiencia. Basta recorrer los barrios bajos de la capital durante las primeras horas de la noche, o asomarse a los centros del vicio, para comprender que entre todos los excitantes del sistema nervioso -alcohol, cocaína, éter, opio y marihuana (cada día más difundidos entre nosotros)- es el Cannabis indica el que causa mayor

número de irreparables desgracias.

Lo más grave de todo es que el uso de la yerba maldita, que antaño era exclusivo de los soldados, los presos y las gentes de más humilde condición social, ha ganado hoy a la aristocracia: son incontables los jóvenes de familias honorables, los fifies y los mimados de la riqueza que se envuelven en el manto de esa “dama de cabellos ardientes”- para emplear la expresión de un poeta- y que sacrifican a esta deidad sus más bellas energías, a trueque del engañoso bienestar que ella suele dar y de las mórbidas visiones que pone ilusoriamente ante los ojos de sus víctimas.

El martirio de las serpientes

Pero los más antiguos fumadores de la hierba nociva sostienen que las visiones plácidas son raras, y que, después de usar varias veces el diabólico excitante, ya no se ve ni se oye nada especialmente grato; los sentidos pierden su virginidad y acaban por embotarse aun bajo el apremio del Cannabis indica. Lo que los marihuanos inveterados busca, es una especie de insensibilidad acompañada de risas frecuentes. Olvidan todo deber: olvidan a sus parientes enfermos, a sus acreedores, a sus jefes; ni el bien ni el mal y tiene para ellos significación precisa; realmente, no hay bien ni hay mal: no hay sino formas descoloridas y

pasajeras de la existencia, que no valen la pena de un esfuerzo, de un ímpetu, de una alegría verdadera. Todo es tan simple que apenas puede hacernos reír...

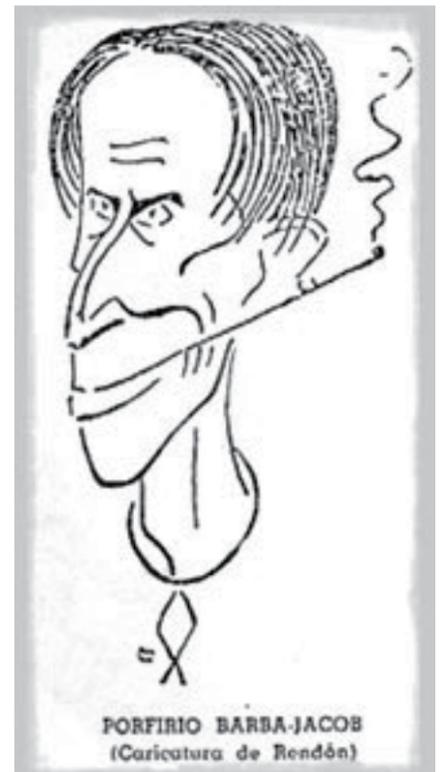
Y el marihuano, ríe, ríe, ríe...

Entre tanto, el semblante ha adquirido una palidez cadavérica: los ojos se han empequeñecido y están luminosos y rojizos; las manos tiemblan ligeramente, y empieza a manifestarse el demonio interior de la víctima.

Porque -y este es dato importantísimo- el humo de la hierba grifa tiene la rara virtud de hacer que brote a lo externo, por medio de impulsos incontenibles, aquello que constituye la parte mala del individuo. El beodo o tiene a ello propensiones, clama por el tequila o el coñac; el que es libidinoso, quiere entregarse desahoradamente a la satisfacción de sus anhelos de concupiscencia carnal; el que se cree valiente se torna agresivo; el sanguinario quiere herir, matar, destrozarse; el ladrón tiende la mano sin escrúpulos a cuanto haya cerca de sí...se está en el dominio de Satanás y los ocho pecados capitales (porque para el grifo son ocho) conducen a la víctima a montañas de tentación desde las cuales le enseñan orgías frenéticas, lagos de sangre y montañas de oro ardiente.

Ya en este estado del envenenamiento, empiezan los dolores causados por las alucinaciones. El marihuano cree que lo amenazan con agudos puñales; ve que se acercan a robarle; cree advertir que la cabeza de algún ser queri-

do -la madre o el hijo- danza, chorriando sangre en torno de él; imagina que lo han encerrado en lúgubre caverna, o bien siente que su cuerpo está ceñido de serpientes que clavan dardos metálicos en sus pobres carnes inermes. Dante no pudo imaginar nada más pavoroso. ©



www.arteprensa.info

Biblioteca Gilberto Martínez
Casa del Teatro

Especializada en Artes Escénicas

Calle 59 Nro 50 A 25 Medellín / Tels: 254 0397 - 291 2326
www.casadelteatro.org.co / biblioteca@casadelteatro.org.co

MON & VELARDE

TE INVITA AL LANZAMIENTO DE SU NUEVA COLECCIÓN ELIXIR

Visítanos en COLOMBIAMODA: Stand 906 Pabellón Amarillo el 23 de Julio y Visítanos en nuestra tienda ubicada en la Calle 8# 37 - 25 Poblado - Vía Primavera

www.monyvelarde.net

A partir del número 42 de UC iniciamos los Obituarios, una sección nacida de la imaginación de Menina, cuyos obituarios anticipados son una singular interpretación de la vieja invocación: en vida, hermano, en vida.

R.I.P. Alejandro Ordóñez

por MENINA

Ilustración: Luis Fernando Herrera

Din don dan, din don dan. Llevábamos mucho tiempo sin un entiero importante. Ahora va y se muere el procurador Alejandro Ordóñez, con las ganas que teníamos de que muriera semejante personaje. Fue difícil conseguir las plazas; nosotros quedamos, como siempre, en las afueras.

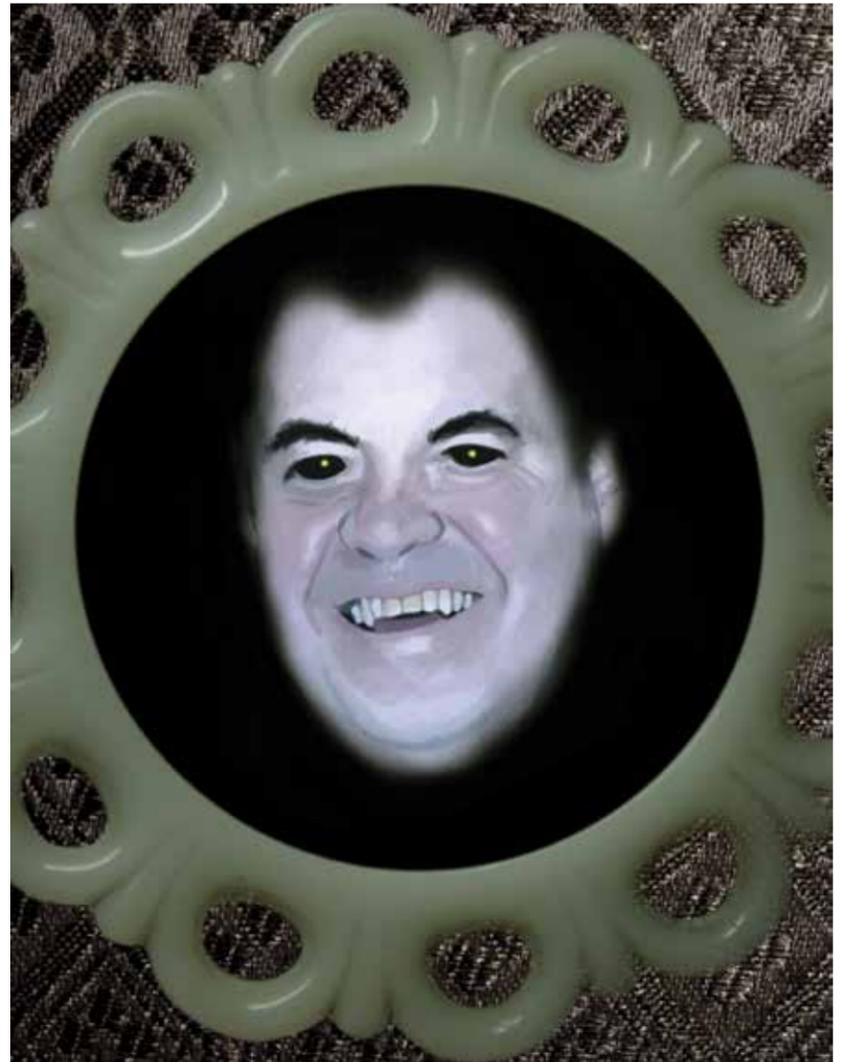
Vimos cómo llegaba Torquemada a presidir la ceremonia, y familias enteras de papados, desde los Inocencios y los Bonifacios, hasta los Franciscos y los John Jairos primeros.

Por nuestra cuenta invitamos a Jesucristo, pero no quería venir porque su túnica andaba un poco maltrecha. Le dijimos que no importaba gran cosa, que a la hora de las crucifixiones la indumentaria era lo de menos. Accedió a sentarse un rato con nosotros. Pidió vino, pero entre porro y porro y entre pase y pase olvidó su pedido.

Todas las campanas tocan a muerto. No todos los días se muere nuestro supuesto defensor. Ario, y más blanco que todos los blancos, esperaba como Hitler recomponer la raza humana. No le valió. Todos los negocios están cerrados, es tanto el conflicto que se nos viene encima que no hay manera de comprar ni porros ni pases, ni una humilde copa de alcohol. Jesucristo convirtió la Coca Cola en ron, y no hubo manera de hacerle cambiar de opinión.

La pira está cubierta de libros prohibidos: José Obdulio, Memo Ángel, Virginia Vallejo, Manuel Mejía, Juan José Hoyos y otras promesas literarias de nuestra región. Procuradores no es que queramos volver a ver, ni vivos ni muertos. No señor.

La misa, una puta risa, pues no logramos entender nada, si entender algo se pudiera. Era en latín, y con un cura de espaldas. Solo *Requiescat In Pace*, por si no ha quedado claro el título de esta columna. Y merci monsieur. Nuestros saludos a Danielito Coronell. UC



3 Carnaval del Agua
Santa Elena
20 Julio

9:00 am Parque de Santa Elena Bloco Retuque bailando a ritmo de Samba

EL ANHELO DEL SALMON 7 AÑOS CONTRACORRIENTE
COMPAÑÍA DE TEATRO

EN CASA DEL TEATRO DE MEDELLÍN

- JULIO 4, 5 Y 6 **RISA** ESPECTÁCULO DE CLOWN
- JULIO 11, 12 Y 13 **CARTOGRAFÍAS**
- JULIO 18, 19 Y 20 **ESPERANDO A GODOT**
- JULIO 25, 26 Y 27 **LAS LÁGRIMAS AMARGAS DE PETRA VON KANT**

Jueves 7:00 p.m. Sábado

Casa del Teatro
Calle 59 50A-25 Prado Centro
Info: 254 0397 - 291 2326

Hombre Nuevo Editores

Hombre Nuevo Editores

Tel. 2 84 42 02
Carrera 50D No 61-63 • Medellín
hombrenuevo@une.net.co

Restaurante Flexitariano

Pacha Mama

Comida Orgánica Gourmet

Un lugar súper agradable!!

Laureles Carrera 76 #33A-11
Horarios 11:30 - 3:30
Domicilios 411 9059

www.pachamamagourmet.com
Facebook. Pacha Mama Gourmet SAS

Encuentra nuestros productos en
• Exito • Supermercado Boom • Carnes Palermo
• La Cava del Brangus • La Careta • Cosoblanca

El verdadero sabor de Perú y México

Lupita
peruana - mexicana

Menú Ejecutivo

Disfruta de exquisitas especialidades Peruanas y Mexicanas con la mejor programación en el centro de la ciudad

MÚSICA EN VIVO

DOMICILIOS
218 27 41

Carrera 43 N. 52-40

Una deliciosa muestra de comida gourmet y artesanal preparada con ingredientes naturales.

+info
f/ElJardinVegetariano
366 2289
Nueva Villa de Aburrá
Cll 32B 81-41

Vegarden
El Jardín Vegetariano

lenteja express

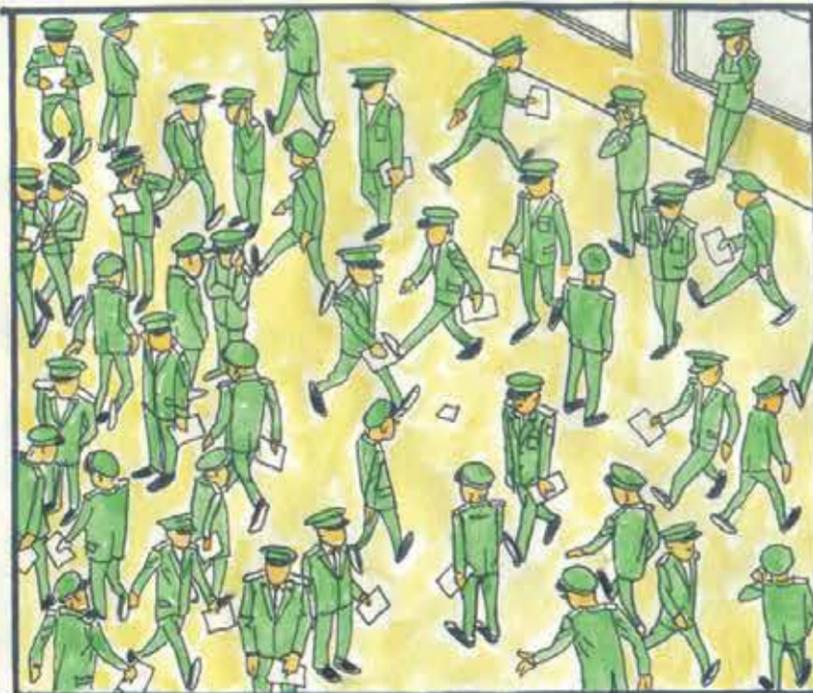
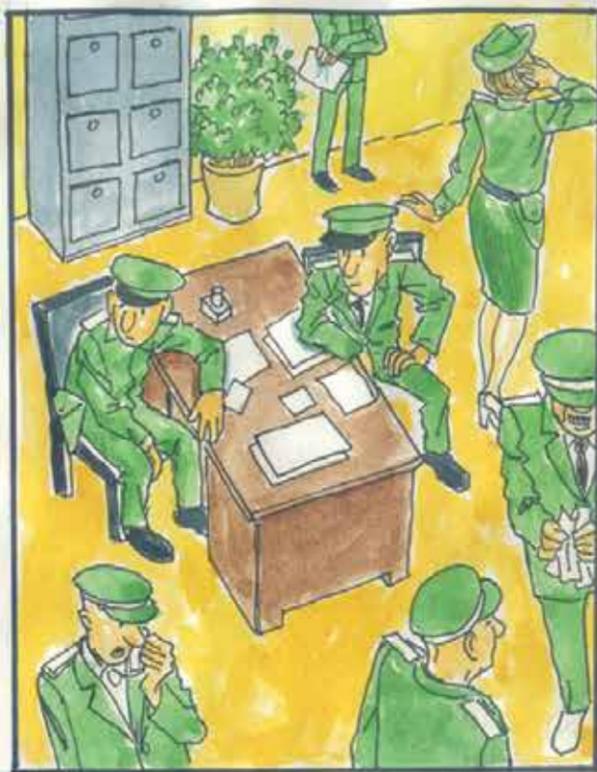
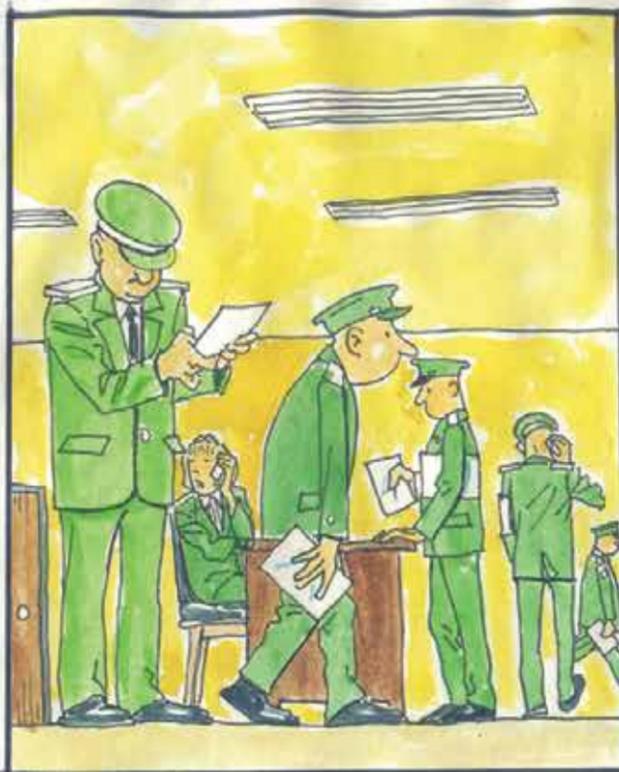
Comida Rápida Vegetariana

- Hamburguesas
- Nachos
- Lasagnas
- Quesadillas
- Ceviche
- Jugos naturales

Centro calle 52 #42 70 Del. 320 631 20 80
Poblado cra 25 No. 39 Provenza Del. 300 879 91 26
lentejaexpressmedellincolombia@gmail.com
Encuentranos en facebook: hamburguesa de lenteja vegetariana

POLICÍAS EN LAS OFICINAS

x10



www.cinéfagos.net

cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

**A finales del siglo XVIII,
las modelos entran en las
academias de arte.
Algunos artistas decían
que eran tan o más
importantes que el pintor,
quien cual maniquí, pasa
a un segundo plano
gracias al protagonismo
de sus musas.**




RON
MEDELLIN
AÑEJO

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHIBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994